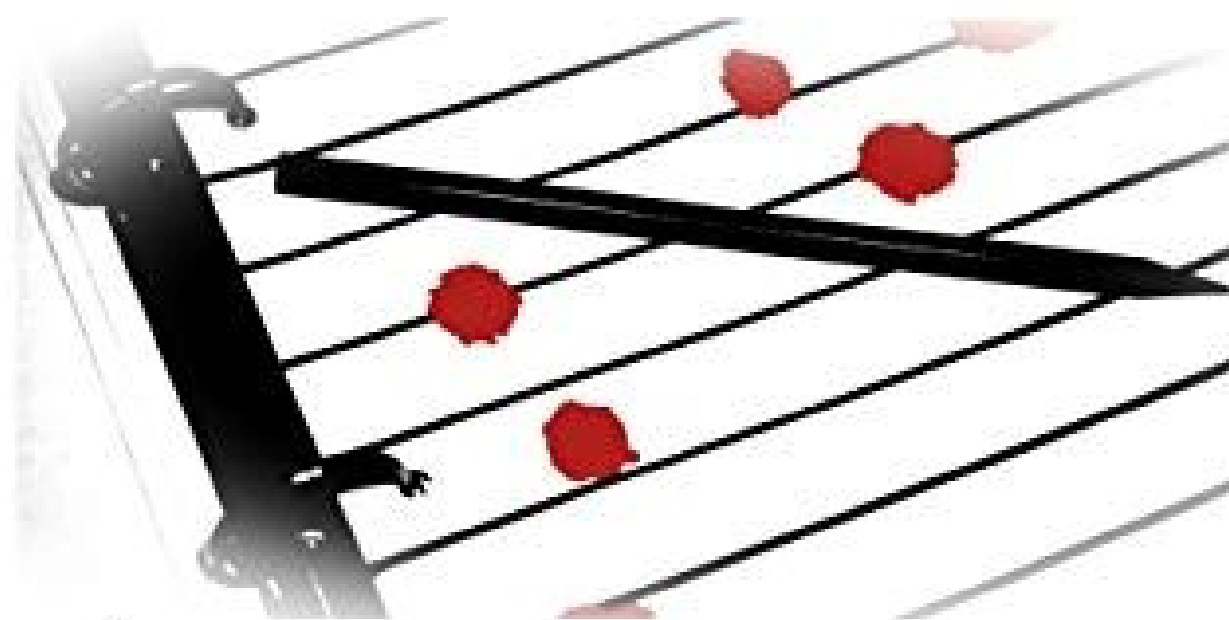


# Lección

## Z

El examen ha comenzado...  
O apruebas o suspendes



ÁNGELA COELLO

D.J.57

**Lección Z**  
Ángela Coello

Primera edición: agosto 2019

Título original: *Lección Z*

© Ángela Coello, 2019

© Imagen de cubierta: Ángela Coello, 2019

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra así como su distribución, comunicación pública o transformación sin la expresa autorización de su titular, salvo excepción legalmente prevista.

*Todos los personajes y lugares descritos en esta historia son fruto de la imaginación de su autora, ficticios. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.*

# Contents

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

# Capítulo 1

## Trastorno mental transitorio

*Facultad de Derecho, 23 de octubre de 2020, 10:06 h*

—Profesor Wheeler, ¿qué es el trastorno mental transitorio? — preguntó una alumna de la primera fila.

—Es una anomalía o alteración psíquica que perturba la razón del ser humano haciéndole perder la voluntad, el intelecto o incluso las dos cosas. Además, aparece de manera repentina y es de corta duración —explicó el profesor—. Imaginaos, chicos. Una persona completamente normal, aparentemente sana, de repente comete un crimen y nadie puede entender por qué. Las personas de su entorno cercano están desconcertadas. “¿Cómo pudo hacer algo así? Si era una persona muy razonable”. Si esto ocurre, se atenúa la responsabilidad penal del autor del delito o incluso podría quedar eximido de la misma. Podría ser absuelto.

Tras casi ocho años de experiencia como Profesor de Litigación Penal, Tom había respondido a esta pregunta muchas veces, tantas que ya creía saberlo todo en relación con este concepto: el trastorno mental transitorio.

—Pensad en alguien de vuestro entorno, una persona que a vuestro entender goce de una estupenda salud mental —Tom tenía una habilidad extraordinaria para improvisar ejemplos claros y sencillos. Su extraordinaria imaginación le había hecho ganar el apodo de “el genio de los ejemplos” que sus alumnos le habían asignado—. Y ahora imaginad que un día, de manera sorpresiva, esa persona comete un asesinato. Algo totalmente inesperado y que os deja con la boca abierta. ¿Qué os pasaría por la cabeza? ¿Podríaís crearlo?

—Pero... ¿es algo temporal o definitivo? —quiso aclarar un estudiante de la cuarta fila que normalmente no prestaba demasiada atención en clase. Este tema siempre despertaba el interés de los alumnos, incluso de los más despistados o de aquellos que generalmente mostraban un mayor desinterés—.

Es decir, la persona que nos estamos imaginando, ¿recupera la cordura después de haber cometido el crimen o la pierde para siempre?

—Es transitorio, temporal —respondió el Profesor—. Y quítate la gorra que estamos en clase.

Michael Burke, más conocido como Mike tanto entre sus compañeros como entre sus profesores, levantó la mano y planteó su duda. Se trataba de un alumno que parecía ser el cabecilla de un grupito que se sentaba apiñado del lado izquierdo del aula, cerca de la puerta de salida. Tom recordaba muy bien su época de estudiante, cuando eran él y sus compañeros quienes ocupaban esos pupitres, y sabía que esa con frecuencia era la posición elegida por quien quería tener la seguridad de poder salir del aula sin demasiada notoriedad antes de finalizase la clase.

—Entonces podemos alegar trastorno mental transitorio en el escrito de acusación, ¿no?

—Querrás decir en el escrito de defensa —le corrigió Tom. No era la primera vez que oía una cosa así. Después de un largo rato de clase, procurando mantener la atención, no era raro que los alumnos comenzasen a despistarse y a veces floreciesen razonamientos fruto del puro cansancio y que en condiciones normales jamás harían. Tom era muy comprensivo en estos casos; al fin y al cabo, él también había sido alumno—. Será la defensa la que pretenda liberar al acusado de toda responsabilidad, ¿no te parece? —el profesor observó al estudiante unos instantes y éste enseguida se dio cuenta de su error—. Concéntrate que no es propio de ti estar tan despistado.

La alumna de la primera fila volvió a intervenir. Tom consideraba que, por lo general, los estudiantes que ocupaban las dos primeras filas, lo hacían o bien porque veían u oían mal o bien porque mostraban un especial interés en la clase. Este segundo caso parecía ser el de Amy Cavendish.

—Ha dicho que la alteración aparece de manera repentina. Por tanto, afectaría a personas que en principio no sufren ninguna anomalía psíquica.

—Podría ser. Una persona perfectamente sana, de pronto sufre una alteración de este tipo y bajo sus efectos es cuando comete el delito.

—Supongo que la clave está en la prueba pericial —sugirió un

estudiante de la segunda fila que se sentaba siempre sólo—. Un examen psiquiátrico o algo así.

Este alumno, George Noland, también se tomaba las clases muy en serio. Su hermano mayor había asistido a la clase de Tom tres años atrás. Eran hijos de un conocido abogado de la ciudad y sin duda el chico estaba decidido a abrirse camino en esa profesión.

—Claro —continuó explicando Tom—. Hay que demostrar esa situación, esa perturbación, como una persona puede sufrir una alteración de este tipo de una manera tan repentina.

—Como un zombi —interrumpió un alumno de la última fila.

Los cuarenta y siete estudiantes presentes en el aula en aquel momento comenzaron a reír. Tom aguantó la risa con gran esfuerzo. En realidad, la ocurrencia de aquel chaval no sólo le había resultado graciosa sino que, además, le había parecido la guinda del pastel, la tajante conclusión que, por tremendamente extraña en una clase de Derecho, quedaría grabada en la memoria de los estudiantes para siempre haciéndoles comprender el concepto con extraordinaria facilidad. En definitiva, una excelente técnica docente. Sin embargo, a Tom no le gustaban nada este tipo de interrupciones de las que Mark Stone había demostrado, desde el inicio del curso, ser especialista. Le agradaba que los alumnos manifestasen sus reflexiones sobre los temas explicados con sus propias palabras y recurriendo a conceptos que les resultasen familiares, pero le molestaba soberanamente que las cuestiones que él explicaba se convirtieran en objeto de mofa. Permitió que los alumnos riesen durante unos segundos más, hasta que aquel detalle quedase bien fijado en su mente, y entonces intervino:

—No entiendo qué os hace tanta gracia —afirmó el profesor con falsa seriedad y los estudiantes inmediatamente cesaron en sus risas—. A mí me parece que el enjuiciamiento de un crimen no tiene nada de gracioso.

Se hizo el silencio. Tom, muy serio, recorrió el aula con su mirada, observando a todos y cada uno de sus alumnos, algunos agachaban la cabeza. No estaba dispuesto a que sus clases se convirtiesen en una feria. Además, aquellos días se sentía especialmente vulnerable ante los estudiantes pues, a causa de una fractura en su pie izquierdo, no podía impartir las clases en el atril o caminando, como acostumbraba y como realmente se sentía cómodo ya que poder



desplazarse por la sala le proporcionaba un dominio total de la situación, o al menos él así lo sentía.

Cuando hubo reinado el orden en el aula, el joven profesor continuó con la clase. Todavía quedaban cuarenta y cinco minutos.

Todas las aulas de la Facultad tenían la misma estructura. Estancias rectangulares compuestas de una tarima en la que se encontraba la mesa del profesor, un atril y, detrás de ellos, en la pared, una pizarra blanca y una lona blanca para el proyector que estaba situado en el techo. Frente a la tarima, ocho filas escalonadas de pupitres de madera con las correspondientes escaleras a ambos lados. Una puerta de metal granate del lado izquierdo de la tarima y un gran ventanal al fondo del aula, tras las bancadas, lo cual resultaba un fastidio ya que a determinadas horas del día, la luminosidad era tan fuerte que incluso podía llegar a deslumbrar al profesor dificultando enormemente su labor docente.

*Facultad de Derecho, 23 de octubre de 2020, 08:55 h*

Fracturarse un pie es una verdadera faena. La clase con los del último curso comenzaba a las nueve en punto de la mañana y Tom tenía que enfrentarse al reto de desplazarse desde su despacho en la cuarta planta del edificio de la Facultad hasta el aula A.6 situada al fondo del pasillo de la primera planta. Entre la mochila, la carpeta, la chaqueta y las muletas, al final acabaría por llegar tarde a clase. Además, estaba estresado porque no había podido enviar un e-mail importante. Desde la mañana temprano no había conexión a Internet en el edificio ni tampoco línea telefónica. Con cierta periodicidad el personal recibía un aviso en relación con el corte de estos suministros por motivos de mantenimiento pero esta vez no habían recibido nada así que debía tratarse de una avería que al final había acabado por sumarse a la lista de contratiempos de aquella mañana.

Salió de su despacho a las 8:55 horas. Para poder cerrar la puerta con llave, arrió una de las muletas a la pared mientras se apoyaba en la otra como buenamente podía. A continuación, sirviéndose de ambos soportes, inició su rumbo al aula y fue en ese momento cuando vio en mitad del pasillo a su compañero de Departamento, el Profesor Miller, en dirección a los ascensores. El hombre parecía haberse dado un buen golpe porque se desplazaba con dificultad, arrastrando su pie izquierdo.

—¡Marcus! ¡Eh, Marcus! —le gritó Tom con intención de prestarle su ayuda, pero su compañero no pareció oírle pues seguía avanzando hasta que finalmente se desvió hacia los servicios, así que el chico no siguió insistiendo. Más tarde le vería.

Continuó su camino a los ascensores para bajar a la primera planta. Avanzaba bastante despacio debido a la incomodidad de las muletas. Y no es que fuera un enclenque precisamente. Tom, quien por aquel entonces rayaba la treintena, era alto y de complexión atlética y además se encontraba en muy buena forma física. Tampoco vestía una indumentaria incómoda que pudiera dificultar la marcha. No era el típico profesor encorbatado sino que más bien lo suyo eran los clásicos vaqueros, camisa y cómodas zapatillas deportivas.

Entró en el aula A.6 a las 9:06 horas, pudiera decirse que puntual, al fin y al cabo. Sus alumnos ocuparon su lugar en sus pupitres y la clase comenzó.

*Facultad de Derecho, 23 de octubre de 2020, 10:50 h*

Faltaban diez minutos para la finalización de la clase cuando, de repente, comenzaron a oírse gritos procedentes del pasillo. Y no cualquier clase de chillidos, como los que no pocas veces se oían en el edificio emanados de grupos de estudiantes alborotando o, sencillamente, riendo por algún motivo. No. Esta vez se trataba de gritos de terror y angustia.

Tom interrumpió su explicación inmediatamente y todos en el aula permanecieron en silencio unos instantes. Algunos alumnos preguntaban qué era eso o qué estaba pasando ahí fuera.

—Esperad un momento —dijo Tom—, voy a salir a ver qué pasa.

El profesor se levantó, cogió sus muletas y salió del aula lo más rápido que pudo en tales circunstancias. Varios estudiantes se levantaron también y dos de ellos salieron con él: Mike, el cabecilla del grupito del lado izquierdo, y Mark, el gracioso que había sugerido la posibilidad de los zombis cuando hablaban del trastorno mental transitorio.

El aula A.6, donde se encontraban, estaba al fondo del pasillo, seguida

de las aulas A.5 y A.4. Después había un pequeño hall distribuidor en donde se encontraban las escaleras, los ascensores, los servicios y un pequeño cuarto almacén que únicamente utilizaban los servicios de limpieza y de mantenimiento del centro y a continuación del cual partía un segundo tramo de pasillo que albergaba las aulas A.3, A.2 y, al final, A.1. En ambos extremos del pasillo, las puertas de acceso a las escaleras de incendios funcionaban como vía de escape en caso de emergencia.

Tom y los dos alumnos dirigieron sus miradas al segundo tramo de pasillo, más allá del hall distribuidor, de donde parecían provenir los gritos. Varias personas habían salido también de las aulas A.5 y A.4 e igualmente se veía gente de las aulas A.2 y A.1. Todos observaban en silencio tratando de averiguar qué estaba ocurriendo, pero nadie se acercaba al foco del conflicto. Las puertas del aula A.3 permanecían cerradas. Lo que fuera que estuviera pasando, estaba sucediendo allí dentro.

De pronto, las puertas del aula A.3 se abrieron con brusquedad y de su interior comenzaron a salir alumnos corriendo desesperados, directos a las escaleras. La angustia se dibujaba en sus rostros. No llevaban sus pertenencias con ellos. Habían dejado todo atrás. Estaba claro que algo muy malo había ocurrido, o estaba ocurriendo, allí dentro.

Las personas que habían salido del aula A.4 les preguntaban qué pasaba o trataban de pararlos agarrándoles de las mangas de sus chaquetas, o de los bajos del jersey o de dónde podían. Pero aquellos chicos no respondían a nada ni a nadie y se liberaban con rudeza de los agarrones de sus compañeros. Sólo huían desesperados, precipitándose escaleras abajo, sin echar la vista atrás. ¿De qué estaban escapando?

Cuando el grupo entero de estudiantes hubo huido escaleras abajo, los observadores de las demás aulas permanecieron inmóviles en el pasillo. Absoluto silencio. Nadie se atrevía a acercarse al aula A.3. Es más, los del aula A.2 que estaba al lado, se alejaron lo posible de la puerta de la estancia contigua.

Entonces, procedente del interior de la sala llegó un extraño sonido. No era un gruñido exactamente, ni tampoco un jadeo, o tal vez se trataba de una mezcla de los dos. Además, parecía emitido por un ente que casi no tenía voz, como una especie de susurro. Fuese como fuese, resultaba verdaderamente aterrador. Era el sonido de la muerte.

La puerta se abrió. Esta vez sin fuerza ni de un modo brusco sino más bien con suavidad. Quien la hubiese empujado, no debía tener demasiada fuerza. El Profesor de Derecho Internacional, el Profesor Richard Wilson, y dos estudiantes salieron del interior, caminando muy despacio. Pero... ¡No! ¡No podían ser realmente ellos! Los presentes podían reconocer al profesor. La Facultad no era grande, apenas cuatrocientos matriculados, además del personal docente y de administración y servicios, así que todos se conocían bien. Era el Profesor Wilson. Sí, era él. Pero le pasaba algo. Estaba...

—Son... ¿zombis? —preguntó Mike sin levantar demasiado la voz.

El pasillo permanecía en absoluto silencio. Todos observaban la escena muy callados, estupefactos y en cierto modo aterrados por lo que estaban presenciando pero, al mismo tiempo, inmóviles e incapaces de quitarle la vista de encima a aquellas... ¿personas?

Únicamente se oían aquellos siniestros sonidos, no demasiado altos, mientras los tres seres, por llamarles de alguna manera, deambulaban por las inmediaciones del aula A.3.

—¡CORRED!

Esto fue lo que gritó un chico del aula A.4 justo antes de que comenzase el caos.

Alumnos y Profesores empezaron a correr por el pasillo en dirección a las escaleras. Los del aula A.4 llegaron enseguida porque estaban muy cerca y los del aula A.5 también. Pero los de las aulas A.2 y A.1 estaban acorralados. Además, los tres seres parecían haber centrado su atención en ellos y avanzaban hacia el grupo. Entonces, aquellas personas, al verse cercadas, trataron de meterse de nuevo en sus aulas. Las escaleras de incendios no eran una opción pues, lamentablemente, siempre estaban cerradas con llave, como si fuese imposible que algo malo pudiese ocurrir en el centro. El problema fue que las personas que estaban dentro de esas aulas, atraídos por los gritos, se habían apelotonado en las puertas impidiendo el paso a sus compañeros. Para cuando reaccionaron y permitieron el acceso con agilidad, los seres ya habían atrapado a un chico.

Tom no podría olvidar jamás lo que ocurrió a continuación. Aquella

imagen quedaría grabada en su memoria para siempre. Se abalanzaron los tres sobre el pobre infeliz y comenzaron a morderle. Al chaval, que no tendría más de dieciocho o diecinueve años de edad, prácticamente no le dio tiempo a oponer resistencia. El ataque se realizó con una destreza increíble, sin dejarle escapatoria alguna.

Para aquel chico ya era demasiado tarde, no tardó en morir, pero los demás aún podían salvar la vida.

—¡Rápido! ¡Entrad! —gritó Tom a los dos alumnos que le acompañaban, pero éstos estaban paralizados ante lo que estaban presenciando y no eran capaces de moverse, ni un milímetro. Así que el profesor les empujó como pudo para que entrasen en el aula. No era un hombre violento en absoluto, pero en aquel momento no tuvo más remedio que recurrir a la técnica del más puro y duro muletazo. Si para hacer reaccionar a los dos chicos y que pudiesen salvar sus vidas era necesario liarse a golpes con ellos, que así fuese.

Pero lo peor de todo fue lo que Tom tuvo la desgracia de presenciar a continuación. Cuando hubo metido a Mike y a Mark en el aula A.6 y se disponía a seguirles al interior, echó un último vistazo al fondo del pasillo y la sangre se le heló en décimas de segundo: el chico asesinado, repentinamente... ¡SE LEVANTÓ! ¡Transformado en el cuarto de aquellos seres demoníacos! Comenzó a caminar, encorvado y tambaleándose, y emitiendo aquellos horribles sonidos. Era lo más espantoso que Tom jamás hubiera podido imaginar.

Los demás estudiantes del aula A.6 se habían apiñado en la puerta, igual que había ocurrido en las aulas A.1 y A.2 pero, afortunadamente, se apartaron a tiempo. Una alumna agarró del brazo a Tom, paralizado tras presenciar aquella escalofriante escena, y lo introdujo en el aula con rudeza. Ya estaban todos dentro.

Cerraron la puerta y, mientras varios estudiantes sujetaban con fuerza las manillas para evitar que nadie ni nada pudiese abrirla, la alumna que había agarrado a Tom cogió la llave que estaban sobre la mesa del profesor y echó el cerrojo. De momento estaban a salvo, la mayoría de los presentes aún no sabían exactamente de qué, pero lo importante era que estaban todos vivos.

Todo el grupo permanecía de pie menos Tom, que se había sentado en el escalón de la tarima, dejando sus muletas tiradas en el suelo. Ya no se oía nada en el exterior. Probablemente, los de las aulas A.1 y A.2 habrían conseguido encerrarse en ellas y en aquellos momentos a todo el mundo en la primera planta de la Facultad de Derecho se le estaban pasando por la cabeza preguntas como “¿qué demonios está pasando?”, o “¿por qué aquí?” o “¿por qué a nosotros?”

—¿Qué está pasando? —preguntó una alumna, muy nerviosa.

—Zombis —respondió Mark.

—¿Cómo que zombis? —preguntó otro chico, desconcertado como todos los demás presentes.

—Hay zombis en el pasillo —repitió el otro con total seguridad.

Estaban reunidos en semicírculo frente a la tarima, con su profesor como punto central. Tom seguía sentado en el escalón de ésta, con la mirada fija en un punto en el suelo, tratando de asimilar lo que acababa de ver. Parecía en trance. Una chica se dirigió a él directamente. Los demás guardaban silencio.

—Profesor Wheeler, ¿qué ha pasado ahí fuera? ¿Qué han sido esos gritos?

Tom levantó la vista. Estaba acostumbrado a, como el resto de sus compañeros, tener autoridad en el aula. Una autoridad no sólo en lo que se refiere al mantenimiento del orden en la sala sino, en cierto modo, una autoridad moral respecto a sus alumnos, para los cuales él era la guía en su proceso de aprendizaje, se ponían en sus manos el primer día del curso y confiaban en él hasta el último.

Sin embargo, ante una situación como la que estaban viviendo en aquel momento, no se sentía capaz de ser el guía de nadie. Apenas sabía qué hacer consigo mismo, difícilmente podría dirigir a aquel grupo. Además, ¿dirigirles a qué o a dónde? ¿Ayudarles a salir del edificio? ¿Ayudarles a salvar la vida? El desconcierto se había apoderado de él. Decenas de hipótesis pasaban por su cabeza, pero nada parecía tener sentido.

Pero Tom no era una persona cobarde, jamás lo había sido. Desde

pequeño había afrontado con valentía y decisión cada situación en que la vida le había colocado.

Sus alumnos le miraban de tal forma que parecían suplicar que alguien tomase las riendas de la situación. Los chicos parecían haber depositado en él su confianza, y quizá su esperanza, de modo que, finalmente, se sintió obligado a asumir el mando del grupo pues ese parecía ser el papel que le había tocado en aquel juego de locos. No le quedaba más remedio. El silencio en el aula le había convertido en líder.

—Chicos, escuchad con atención lo que voy a deciros porque no estoy seguro de si seré capaz de repetirlo después de haberme oído pronunciar en voz alta semejantes palabras —los estudiantes le prestaban la mayor de las atenciones—. No sabría explicaros qué es exactamente lo que hemos visto ahí fuera, pero desde luego no...

—No es humano —Mike terminó la frase.

—Zombis —insistió Mark.

—Pero, a ver... ¿cómo va a haber zombis en el pasillo? —razonó otro alumno, escéptico—. Los zombis no existen, son seres fantásticos, Mark. Son inventados, ¿comprendes? —añadió, dirigiéndose a su compañero como si de un individuo con muy pocas luces se tratara.

—¡Os digo que ahí fuera hay zombis! —insistió el chico, levantando la voz y comenzando a ponerse nervioso.

El grupo empezó a alporizarse.

—Está bien, está bien, chicos —trató de calmarlos Tom—. Lo que hemos visto es a Richard Wilson, el Profesor de Derecho Internacional, y a dos de sus alumnos. Parecían haberse vuelto locos de manera repentina.

—¡No, Profesor Wheeler! ¡No! —le interrumpió Mark—. No se han vuelto locos sino que se han transformado en zombis. ¡Hemos de reconocerlo! Eso es lo que ha pasado y lo que está pasando porque esta epidemia es imparable. ¡Es un apocalipsis zombi!

El chaval parecía muy seguro de lo que estaba diciendo. Y eso que no

había visto la transformación de la víctima que sí había visto Tom. Mike y Mark ya estaban dentro del aula A.6 cuando el alumno asesinado, de repente, se levantó. De manera que por mucho que el joven profesor quisiese calmar los ánimos y evitar que cundiese el pánico en el grupo, la evidencia era la evidencia: aquel chaval se había despertado después de haber sido brutalmente asesinado y no debían perder el tiempo buscando una explicación racional para ello porque no la había.

—A ver... tranquilízate —trató de calmarlo Tom. El resto de alumnos comenzaban a estar asustados, asustados de verdad. Continuó, dirigiéndose a ellos y procurando mantener un tono pausado y, en la medida de lo posible, confortador—. Oímos un fuerte griterío en el aula A.3 y de pronto los alumnos que estaban en su interior comenzaron a salir corriendo, escapando escaleras abajo. Después, a los pocos minutos, vimos salir a estos tres, sólo que realmente no parecían ellos —hizo una pequeña pausa—. Caminaban errantes, emitían unos sonidos muy desagradables, bastante extraños, y sus rostros estaban... — Tom bajó la cabeza y se tapó la cara con las manos unos instantes. Escucharse a sí mismo describir aquella imagen le hacía tomar verdadera consciencia de la realidad al mismo tiempo que le producía náuseas. El Profesor Wilson no era precisamente su mejor colega, pero verle así no era agradable—. Sus rostros estaban...

—Putrefactos —completó Mark con decisión ante las miradas incrédulas de la mayoría de sus compañeros—. Zombis, muertos vivientes o como queráis llamarlos —siguió tratando de convencer a sus compañeros.

—Mark, sé razonable —le dijo Amy, la alumna de la primera fila—. Está claro que algo habéis visto. Algo le ha pasado a esas personas, pero no pueden ser zombis. Compréndelo.

—Amy, han mordido a un crío de primero hasta matarlo delante de nuestras narices —replicó él elevando la voz.

Al oír semejante declaración, varios alumnos no fueron capaces de evitar un grito ahogado. Dejando de lado la existencia o inexistencia de aterradores seres fantásticos, los hechos eran los hechos y eran que alguien había sido asesinado en el pasillo de aulas de la primera planta de la Facultad.

Los alumnos, muy asustados, comenzaron a hablar entre ellos en



pequeños grupos. Angustiados, trataban de entender y asimilar la información que acababan de recibir. Amy no se movía, le mantenía la mirada a Mark y éste a ella.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó una chica.

—Yo no me lo creo —afirmó otro chaval con rotundidad.

Los presentes comentaban el asunto entre ellos, incrédulos. ¿Cómo podía ser cierto? Vivían en un lugar muy seguro. Algo así no podía ocurrir.

—Es verdad —afirmó Tom, elevando su voz sobre los demás para hacerse oír—. Eso es lo que hemos presenciado. Negarlo no conduce a nada—. Llamadles zombis o como queráis, pero es verdad.

—Zombis es lo que mejor se ajusta a la descripción de lo que hemos visto —sugirió Mark.

—Y a lo que hemos oído —añadió Mike, quien también había salido al pasillo con Tom y con Mark.

Se hizo el silencio durante un par de minutos.

—Yo me largo —dijo entonces un chico, con decisión.

—Yo también —dijo otro.

—Y yo.

—Y yo también.

Y así, un número considerable de estudiantes cogieron sus cosas y se dirigieron a la puerta del aula. La alumna que la había cerrado con llave volvió a abrirla, pues también ella había decidido irse.

Tom, Mike y Mark intentaron disuadir a los demás, convencerlos de que no se fueran, de que no deambularan por el edificio. No era un lugar seguro en absoluto. Pero nadie los escuchaba.

Decenas de alumnos salían de las distintas aulas. Estaba claro que, por

lo general, quienes habían presenciado los terribles hechos no habían logrado persuadir a sus compañeros. Normal. No era algo fácil de explicar ni mucho menos algo fácil de comprender y de creer.

*Facultad de Derecho, 23 de octubre de 2020, 11:35 h*

Tom, Mark y Mike se sentían impotentes ante la cabezonería de los estudiantes. ¿Por qué ni siquiera habían querido escucharles? Se dirigían al abismo y no podían hacer nada para impedirselo. Únicamente Amy, la chica que se sentaba en la primera fila, y George, el muchacho que minutos antes había formulado la pregunta en relación con la prueba pericial, se quedaron con ellos en el aula A.6. Sólo estos dos chicos les habían dado crédito.

Cerraron la puerta de nuevo con llave y se reunieron alrededor de la mesa del profesor. Al principio no oyeron nada más que el típico ruido, normal y corriente, de decenas de personas caminando por el pasillo y, por ello, tuvieron la esperanza de que sus compañeros hubiesen logrado salir del edificio. Sin embargo, al cabo de unos minutos comenzaron a oír un fortísimo griterío procedente probablemente del piso inferior pues parecía muy lejano. Todo apuntaba a que los habían pillado. ¡Pobres chavales!

En ese momento, las luces del aula se apagaron. George se acercó a los interruptores y los pulsó varias veces, pero no funcionó. Amy corrió a la primera fila de pupitres y enchufó su portátil a la corriente eléctrica. No había suministro.

Los cuatro estudiantes se pusieron muy nerviosos. Tom, en cambio, mantuvo la calma mucho mejor, estaba perfectamente preparado para controlar sus emociones en situaciones de alto estrés y es que quizá sólo así pudiese salvar la vida en un momento como aquel.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Mike. El chico estaba muy nervioso.

Nadie supo responderle.

—¿Salimos a ayudarles? —propuso George.

—¿Estás loco? —le reprendió Mark—. ¿Es que no has entendido lo que está pasando, imbécil? Si salimos ahí fuera, moriremos.

—¡No podemos quedarnos aquí de brazos cruzados mientras les oímos pedir socorro, capullo! —gritó el otro dirigiéndose a la puerta, llave en mano, con intención de abrirla.

Los dos chicos se enzarzaron en una acalorada discusión. Mark corrió y se interpuso entre George y la puerta impidiéndole abrirla. George consideraba que debían salir de inmediato a socorrer a sus compañeros, que no podían quedarse allí dentro encerrados como una pandilla de cobardes mientras les oían pedir auxilio desesperadamente. A su vez, Mark, que había visto con sus propios ojos cómo habían matado a aquel crío de primero sin darle tiempo siquiera a reaccionar, era contrario a abandonar el aula, consciente del enorme peligro a que se exponían.

Era sabido que George y Mark no tenían muy buena relación. Habían estado enfrentados desde el primer año en la Universidad y ya ni siquiera ellos sabían por qué. Amy y Mike observaban la escena sin saber qué decir o qué hacer. De modo que fue Tom quien puso paz entre los dos chavales explicándoles que por mucho que quisiesen ayudar, no estaban preparados para ello y haciéndoles entender que peleándose no lograrían nada.

—Estamos desarmados y no tenemos ni un plan ni ningún tipo de organización —trató de hacerles comprender su profesor—. Si salimos ahí fuera en estas condiciones, lo único que haremos será convertirnos en un blanco fácil. No sabemos realmente a lo que nos enfrentamos. Es algo demasiado grande contra lo que no podemos combatir sin una estrategia. Si salimos ahora, no seremos unos héroes sino cinco víctimas más. Una cosa es ser valiente y otra muy distinta es ser idiota.

Los chavales aún se mantenían el contacto visual y sus rostros mostraban el más puro enojo, pero parecían haber escuchado las palabras de su profesor pues habían cesado en su mutuo ataque.

—Además, enfrentándonos entre nosotros no llegaremos a nada —continuó Tom—. Lo único que conseguiréis peleándoos es que esos seres, sean lo que sean, os cojan antes.

—Debemos permanecer juntos —dijo Amy—. Sea lo que sea que esté

ocurriendo.

—Es una epidemia zombi —afirmó Mark, más calmado, aunque ya no era necesario seguir insistiendo en la idea. Estaba claro que quienes habían decidido permanecer en el aula, comprendían perfectamente la situación y su gravedad y, por tanto, no necesitaban que nadie tratase de convencerlos de nada.

*Facultad de Derecho, 23 de octubre de 2020, 12:45 h*

Ninguno de los moradores del aula A.6 se atrevía a abrir la puerta mientras no estuviesen completamente seguros de que el peligro había pasado, aunque en el fondo eran conscientes de que probablemente el peligro no llegase a desaparecer nunca. La cosa pintaba mal, pero que muy mal, fatal. Tom sabía que necesitaban un plan y que lo necesitaban ya. ¡URGENTE!

Llevaban algo más de una hora encerrados en el aula A.6 y hacía ya un buen rato que fuera no se oía nada. El fuerte griterío que se inició cuando los estudiantes habían salido de las aulas, había ido menguando progresivamente.

Tanto Tom como sus alumnos habían intentado contactar con el exterior durante ese tiempo, pero no tenían conexión a Internet ni red telefónica. Desde luego, algo gordo debía estar ocurriendo.

Por si no fuese suficiente el miedo que estaban pasando en una situación tan angustiada como aquella, todos estaban preocupados, no sólo por sí mismos, sino también por el destino que correrían sus familiares y amigos ya que no sabían si lo que estaba pasando estaría sucediendo sólo en el edificio de la Facultad o también en el exterior.

Tom era soltero y residía sólo en la ciudad. Sus padres y hermanos vivían a más de ciento cincuenta kilómetros, en una pequeña villa de pescadores. Lo que más deseaba en el mundo era que estuvieran bien. Su hermano pequeño era militar y en aquel momento estaba disfrutando de un permiso en casa de sus padres y su hermana mayor vivía con su marido y sus dos hijos, de tres y cuatro años, en una casa independiente, pero en el mismo barrio. Probablemente se reunirían todos enseguida en cuanto tuviesen noticia de lo que estaba pasando. Tal vez podrían huir mar adentro en el barco de su padre si ellos también estuviesen en peligro.

Había escrito mensajes de texto a sus dos hermanos con la esperanza de que pudiesen llegarles si en algún momento recuperaba la cobertura. ¿Estarían ya enterados de lo que estaba pasando en la Facultad? ¿Habría salido en los medios de comunicación? ¿O quizá nadie lo sabía excepto quienes estaban dentro del propio edificio?

*Tom – Nick*

**Tom** (*pendiente de envío*)

Nick, soy Tom. Algo está pasando en la Facultad.  
Nos están atacando.  
Enciende la TV.  
Yo estoy bien.  
Estáis todos bien?  
Avisa a la familia.  
No vengáis.  
Llamad a la Policía.

*Tom – Claire*

**Tom** (*pendiente de envío*)

Claire, soy Tom. Algo está pasando en la Facultad.  
Nos están atacando.  
Enciende la TV.  
Yo estoy bien.  
Estáis todos bien?  
Avisa a la familia.  
No vengáis.  
Llamad a la Policía.

—¿Y si salimos al pasillo a ver si averiguamos algo? —propuso Mike —. Ya hace rato que no se oye nada. Quizá hayan logrado detener al Profesor Wilson y a los otros.

—Mike, ¿es que no lo has oído? El griterío en el piso de abajo. Significa dos cosas —razonó Tom. La primera, que los han cogido y, si realmente es lo que creemos que es, se habrán transformado. La segunda, que si los han pillado en el piso de abajo, será o bien porque Richard y los otros dos han bajado o porque había más seres sueltos por el edificio. Sea como sea, si cuando te muerden te transformas, dado el tremendo griterío que hemos oído, es lógico pensar que en este momento, decenas o incluso centenares de seres han tomado el edificio. No podemos saber cuántos de ellos hay ahora mismo merodeando por ahí. La Facultad es ahora mismo un campo de batalla por el que

tenemos que movernos con inteligencia. Por tanto, no saldremos de aquí sin un plan —sentenció el profesor.

—Además, si la Policía los hubiese detenido, habrían venido a buscarnos, ¿no os parece? —añadió Amy.

—Tenéis razón —reconoció Mike—. Es poco probable que el peligro haya desaparecido, pero sigo pensando que deberíamos salir a echar un vistazo. No podemos quedarnos eternamente en esta aula. No podemos esperar a que vengan a rescatarnos porque tal vez no puedan.

—O no quieran —puntualizó Mark.

—Yo opino lo mismo —apoyó Amy.

—Y yo —se unió George.

—Está bien —cedió Mark—. Me apunto. Ahora bien, tenemos que tener en cuenta una cosa muy importante: los zombis parecen lentos y poco peligrosos, pero no debemos dejarnos guiar por las apariencias. El problema de los zombis es que son muchos —explicó el chico.

Los cuatro miraron a su profesor.

—Sí, chicos. Tenéis razón. Yo también estoy de acuerdo con que tendremos que salir por nosotros mismos. Pero a lo loco no porque sería un suicidio. Esto es lo que haremos —Tom comenzó a exponer su plan—. Abriremos la puerta con cuidado y echaremos un vistazo rápido para cerciorarnos de que el pasillo está despejado. Entonces saldremos en silencio, avanzando muy despacio y todos juntos hasta llegar a los ascensores.

—Pero para llegar a los ascensores tenemos que pasar por delante de las aulas A.5 y A.4 —advirtió Amy, alarmada—. ¿Y si alguno de ellos está allí dentro y salen en ese momento? No podremos volver atrás y quizá tampoco podamos seguir adelante porque podríamos toparnos con otro.

—Es cierto —intervino George—. Debemos ir armados—concluyó con aplomo.

—Claro que iremos armados —aclaró Tom, aunque todavía no sabía

muy bien con que equipar a todos los miembros del grupo.

—Armados ¿con qué? —preguntó Mike.

—Con eso —respondió George señalando las muletas de Tom—. Profesor Wheeler, ¿cree que podrá arreglárselas sin ellas?

Ya habían pasado casi tres semanas desde el accidente por lo que Tom, aunque todavía con cierta molestia, prácticamente podía apoyarse en el pie lesionado.

Pusieron en marcha el plan acordado. Tom abrió una rendija de la puerta y observó lo que pudo en el exterior. No le pareció que hubiese peligro cercano así que abrió la puerta un poco más y salió, armado con una de las muletas. A su lado, Mark caminaba portando la otra. Justo detrás de ellos les seguían Amy y Mike y, cerrando la comitiva, George, quien antes de salir del aula A.6 había tenido tiempo para coger el borrador de la pizarra blanca.

Avanzaron por el pasillo despejado muy lentamente, sin separarse y en silencio porque, ya que no sabían dónde podrían encontrarse con alguno de aquellos seres, al menos podrían oírles emitir aquellos sonidos mortíferos que actuarían como advertencia de su cercanía.

Pasaron por delante del aula A.5 y del aula A.4. En esta última, varios alumnos les observaron desde la puerta entreabierta cuando el grupo pasó por delante. Llegaron al hall distribuidor, también despejado, en donde se encontraban los ascensores y las escaleras. Tom y Mark se asomaron al hueco de las escaleras y miraron arriba y abajo sin ver ni oír nada preocupante, así que descendieron hasta el primer descansillo, del que partía una pasarela que pasaba por encima del hall principal del edificio y que conectaba la escalera con una sala de estudio situada justo encima de la cafetería. Ciertamente el edificio tenía una estructura muy moderna. De hecho, recientemente había ganado un premio de arquitectura.

Asomados a la barandilla de aquella pasarela, bastante larga aunque estrecha, pudieron ver el hall principal del edificio. ¡ESTABA LLENO DE AQUELLOS SERES! Caminaban errantes, algunos arrastrando una pierna o con alguna de sus extremidades colgando de una forma muy poco natural. Más de uno se golpeaba repetidamente contra alguna de las paredes, probablemente tratando de avanzar sin ser capaz de percibir el obstáculo de ladrillo. Tom y los

chicos pudieron reconocer a algunos de ellos por las ropas que vestían o por sus zapatillas o mochilas, pues sus rostros estaban putrefactos y por tanto, prácticamente irreconocibles. Estaban desfigurados, mirada perdida e incluso, mandíbulas desencajadas y descompuestas, dejando visible la dentadura, o lo que quedaban de ella. Eran imágenes realmente horribles.

Cualquiera que hubiese visto alguna de las películas o series de televisión de zombis, tan de moda en la época, podría reconocer sin problemas lo que tenía delante. Pero no se trataba de un problema de reconocimiento sino de aceptación. Reconocer un zombi puede ser fácil, pero aceptar que lo que uno tiene delante es un zombi, eso es mucho más difícil. Y había que hacer un gran esfuerzo porque de ello dependía la vida de uno. Desgraciadamente esa falta de aceptación fue lo que acabó con las vidas de la mayor parte de los alumnos de Tom que, escépticos, salieron del aula A.6, aparentando la más pura normalidad y dándose de bruces con la más cruda realidad a los pocos minutos. Aquellos pobres chicos estarían ahora allí, entre aquellos seres. Formarían parte de aquel ejército apocalíptico.

Ante tan desoladora imagen, Mike, Amy y George entraron en pánico y, sin pensarlo dos veces, echaron a correr escaleras arriba, gritando, con intención de volver a encerrarse en el aula A.6.

—¡No hagáis eso! ¡No hagáis ruido! —les dijo Mark, tratando de no levantar demasiado la voz a intentando sin éxito agarrar a Amy del jersey.

Tom tampoco pudo hacer gran cosa. Cogió a George de un brazo, pero ése se soltó con facilidad.

Cuando los tres asustados chicos llegaron al primer piso, se encontraron de sopetón con uno de aquellos seres que venía del segundo piso, rodando escaleras abajo y que fue a caer justo encima de Mike en el preciso momento en que éste subía el último escalón.

George y Amy lograron acceder al hall distribuidor de la primera planta, pero Mike fue atrapado por aquel ser. Mark y Tom corrieron, subiendo los escalones de dos en dos, y Tom, con gran precisión, arreó un fuerte muletazo al costado del aterrador individuo, apartándolo de su presa de un sólo golpe. Lamentablemente, para Mike ya era demasiado tarde: el atacante le había mordido en una pierna y en el cuello. Falleció antes de que Tom y Mark



pudiesen reaccionar.

El ser comenzó a revolverse, probablemente con intención de retomar su tarea destructora, y Mark agarró a Tom rápidamente para obligarlo a salir de allí y esconderse con los demás en el aula A.6, pero no se dio cuenta de que una segunda criatura había llegado hasta allí y se les acercaba por la espalda. Amy y George sí lo vieron así que George cogió el borrador de la pizarra blanca, una pieza de plástico negro duro de unos quince centímetros de largo con una almohadilla adherida, apuntó, lo lanzó con todas sus fuerzas y le golpeó con excepcional puntería en la cabeza, justo entre los ojos. El ser cayó al suelo y Mark y Tom pudieron escapar.

El pasillo al aula A.6 estaba despejado, afortunadamente. Se oían gritos de angustia en las aulas A.4 y A.5. Alguien gritaba “¡Vamos a morir todos!” Sin duda aquellas personas habían sido testigos de los hechos y debían estar realmente aterradas.

George corría en último lugar y no pudo evitar la tentación de echar la mirada atrás. El proceso de transformación de Mike había comenzado.

*Facultad de Derecho, 23 de octubre de 2020, 13:15 h*

George y Amy se abrazaron. Lo que acababa de sucederle a Mike era demasiado horrible como para poder asimilarlo en tan poco tiempo. Tom daba vueltas por el aula con la cabeza baja, pensando qué demonios podrían hacer para salir del lío en que estaban metidos. Ya no se acordaba de su pie fracturado. Y Mark estaba sentado en el escalón de la tarima, cubriéndose la cara con las manos. Tom se acercó a él.

—¿Estás bien, Mark?

El chico levantó la cabeza. Tenía los ojos llorosos.

—¿Es que no lo habéis visto? ¿No os habéis fijado en quien atacó a Mike? —los otros tres lo miraban sin decir una palabra, expectantes—. Fue Freddy, de tercero, su mejor amigo —la voz de Mark sonaba entrecortada.

Tom se dio la vuelta. Sabía perfectamente quien era Freddy. También

era alumno suyo. Sintió náuseas. El estado en que se encontraba aquel ser no le había permitido reconocerlo. La desfiguración era tal que apenas podría afirmar que fuera humano. No se explicaba como Mark le había podido reconocer. Tal vez por la ropa o por alguna característica especial de aquél que había sido su compañero de estudios, y quizá su amigo, desde hacía años.

Mark se levantó, se acercó a George y le tendió su mano.

—Me has salvado la vida, tío —le dijo—. Muchas gracias.

—No es nada —le respondió el otro. Parecía que había un acercamiento entre los eternos enemigos.

—¿Dónde has aprendido a tirar así? —preguntó Amy a George.

—No me admitieron en el equipo de béisbol —fue lo único capaz de contestar el chaval.

—Escuchad, chicos —interrumpió Tom—. Tenemos que salir de aquí lo antes posible y no va a ser fácil. Necesitamos otro plan, un buen plan. Ahora ya sabemos lo que hay. Comencemos por un estudio de las salidas que tiene el edificio.

El edificio tenía cuatro salidas. La primera era el hall principal de entrada al edificio, obviamente. La segunda por el garaje, en el sótano 1. Y la tercera y la cuarta eran las dos escaleras de incendios, en los laterales del edificio y que eran accesibles desde todas las plantas. La construcción contaba de una planta baja principal, donde se encontraban la conserjería, las oficinas, el salón de actos, la cafetería y la sala de estudio en un nivel intermedio elevado sobre la cafetería; dos plantas de aulas, las aulas A en la primera y las aulas B en la segunda; y otras dos de despachos de profesorado, la tercera y la cuarta; además de una azotea y un sótano que albergaba el aparcamiento del personal del centro.

—Podríamos intentarlo por la escalera de incendios —sugirió George—. La tenemos justo aquí.

En efecto, el edificio contaba con dos escaleras de incendios, una al final de cada tramo del pasillo, junto a las aulas A.1 y A.6.

—La puerta de las escaleras de incendios suelen estar cerradas con

llave —advirtió Amy—. Es mejor no arriesgarnos.

—Podemos forzarlas —resolvió George.

—No, no —intervino Mark—. Para forzarla tendremos que montar muchísimo escándalo y ya hemos podido comprobar que el ruido les atrae. Cada vez que alguien ha gritado o ha emitido un sonido fuerte, han aparecido mareas de zombis dispuestos a atacar.

Mark era el único que seguía refiriéndose a los seres como zombis, pero su razonamiento era claro y ninguno se lo discutió. Cuando el Profesor Wilson y sus dos alumnos salieron del aula A.3 y los observadores reaccionaron y comenzaron a correr, a hacer ruido en definitiva, los tres seres, que hasta el momento se movían con lentitud, despertaron y atacaron. Cuando oleadas de ruidosos alumnos y profesores comenzaron a salir de las aulas en tropel con ánimo de abandonar el edificio, de nuevo esos seres atacaron. Y cuando George, Amy y Mike se asustaron al ver el hall principal del edificio atestado de criaturas y empezaron a correr y a gritar, de nuevo comenzó el ataque. La deducción era clara: la primera regla que debían cumplir si querían salvar la vida era la regla del silencio.

—¿Y si salimos por la ventana? —propuso Amy.

Tom, George y Amy corrieron al fondo del aula, donde estaban las ventanas. Lo que vieron fuera, en cierto modo les tranquilizó. El edificio de la Facultad estaba rodeado por un cordón policial, lo cual era bueno porque dejaba claro que en el exterior ya sabían lo que estaba pasando y la ayuda había llegado. El problema era que las ventanas tenían rejas y ni tenían herramientas con que cortarlas ni, en caso de tenerlas, debían hacerlo pues montarían tal escandalera que en pocos minutos habrían atraído a una gran cantidad de seres que aporrearían la puerta y, quién sabe, quizá incluso acabasen por abrirla. Esa sería su perdición. No podían arriesgarse.

George, Amy y Tom se miraron desalentados. Por allí no podrían salir fácilmente. Necesitaban otro plan. Regresaron a la parte baja del aula, a la tarima.

—No podemos salir por las escaleras de incendios ni por las ventanas y la puerta principal tampoco es una opción. Es imposible pasar por allí. Podríamos intentarlo por el garaje —propuso George.

—¿Y cómo bajamos? —preguntó Mark—. Tendríamos que descender dos pisos sorteando zombis. Es demasiado arriesgado.

—Hay un cordón policial alrededor del edificio. Está claro que están tratando de contener la epidemia pero tiene que haber un punto por el que estén sacando supervivientes o intentando sacarlos —razonó Tom—. En alguna de las entradas del edificio tiene que existir ese control de infectados. ¿Cuál será?

Obviamente los servicios de emergencia estaban allí para tratar de salvar al mayor número de personas posible, pero era de esperar que no dejarían salir a cualquiera así como así, sin asegurarse primero de que no estaba enfermo. ¿Qué garantías tenían de que quien intentase salir no estuviese ya infectado? Sin duda habrían establecido un control sanitario severo para las víctimas y probablemente estarían tratando de evacuar a los supervivientes de manera controlada en algún lugar.

—No puede ser la entrada principal porque está plagada de zombis. No creerán que nadie sea capaz de salir por allí —dijo Mark.

—Podrían ser las escaleras de incendios. Ellos no saben que están cerradas con llave, pero saben que tienen acceso desde todas las plantas así que es lógico pensar que supondrán que cualquier superviviente, se encuentre donde se encuentre en el edificio, tratará de salir por ahí —sugirió Amy.

—También podría ser la puerta del garaje —insistió George.

—No creo —dijo Tom, que al contrario que sus alumnos, conocía bien el garaje—. La puerta del garaje es una persiana. No pueden arriesgarse a abrirla porque no saben lo que se van a encontrar detrás. Podría estar igual que el hall principal.

—¿Creéis que intentarán entrar ellos a buscar supervivientes? —preguntó Amy.

—Es poco probable —contestó Mark—. Sería un suicidio. Seguramente estén esperando para rescatar a quienes logren salir por sí mismos.

—¿Lo habrá conseguido alguien? —preguntó George.

Todos guardaron silencio. ¿Habría logrado alguien salir del edificio?

En la Facultad se estaban viviendo momentos de pánico. En el aula de al lado, la A.5, seguían oyéndose gritos. No sabían cuántas personas podrían estar allí escondidas ni si gritaban por miedo o porque estaban siendo atacadas. De tratarse de esta segunda posibilidad, el pasillo estaría lleno de criaturas que seguían multiplicándose.

—Chicos, tenemos que salir de aquí como sea —apremió Tom—. No podemos esperar a que vengan a buscarnos. Ya hemos visto lo que está pasando. Esta epidemia es imparable y cuánto más tiempo permanezcamos aquí encerrados, más difícil nos resultará escapar. Estos seres se están multiplicando. Llegará un momento en que desplazarse por el edificio será prácticamente imposible, si es que no lo es ya. Intentemos salir por donde nos resulte más fácil y punto. Olvidémonos del control de seguridad. Cuando estemos fuera, nos quedaremos en donde estemos y esperaremos a que los servicios de emergencia se nos acerquen. Si quieren que pasemos un control, lo pasaremos.

—Entonces, podríamos intentar llamar la atención de la Policía desde las ventanas de esta aula y salir por aquí una vez que nos hayan visto —sugirió Amy—. Que vean que estamos vivos y que nos ayuden a salir por las ventanas con seguridad, sólo estamos en un primer piso y seguro que ellos tienen las herramientas adecuadas para cortar estas rejas con rapidez.

La idea no era mala. Desde luego era la posibilidad más factible de las que habían barajado hasta el momento. No podían arriesgarse a cruzar de nuevo el edificio estando como estaba: atestado de seres demoníacos.

Volvieron a subir las escaleras laterales del aula en dirección a las ventanas. Tom iba el último y, cuando se encontraba a mitad de camino, escuchó la alarma de notificación de su teléfono móvil. Acababa de recibir un correo electrónico publicitario.

Emocionado, dejó que los chicos se ocupasen del tema de las ventanas y cogió su *smartphone*. Habían recuperado la red así que aprovechó para tratar de contactar con alguien. Rápidamente, estudió las diversas comunicaciones útiles que podría realizar y trató de ordenarlas por orden de preferencia por si volvía a perder la conexión: escribir al grupo de mensajería de texto que tenía con sus compañeros de trabajo, llamado simplemente “Compañeros Facultad”, a

ver si tenían información sobre el avance de los infectados y las posibles vías de escape del edificio, escribir a alguien del exterior para que diese la alarma de que había supervivientes en la primera planta del edificio y conectarse a Internet a ver si encontraba información sobre lo que estaba pasando en los medios de comunicación.

Tenía varios mensajes de sus hermanos:

*Tom – Nick*

**Nick** (recibido hace 1 minuto)

Tom, han venido a buscarme.

Tengo una misión en ese Campus pero no me han dicho cuál.

Nadie sabe gran cosa.

La Policía ya está ahí.

Te sacaré de ahí.

No te muevas de donde estás!!!

*Tom – Claire*

**Claire** (recibido hace 3 minutos)

Tom, qué está pasando?

Lo están dando en todas las cadenas!!!

Pero nadie sabe gran cosa.

Estás bien? Seguro que estás bien?

Quédate donde estás hasta que os rescaten?

No te pongas en peligro.

Vamos para ahí!!!!!!

Les contestó:

*Tom – Nick*

**Tom** (enviado)

Ok.

*Tom – Claire*

**Tom** (enviado)

Ok. Tranquila.

A continuación, escribió al grupo de compañeros. Debía darse prisa. Antes de que volviese a perder la conexión:

*Compañeros Facultad (15 miembros)*

**Tom** *(enviado)*

Chicos, estáis bien?

**Tom** *(enviado)*

Estáis en la Facultad?

**Tom** *(enviado)*

Yo estoy en el aula A.6 con 3 alumnos.

El ataque ha sido muy fuerte en esta planta.

No sabemos si hay más supervivientes.

Tom no obtuvo ninguna respuesta. Pasaron los minutos y se temió lo peor. Tal vez todos sus colegas del grupo habían caído. Insistió:

*Compañeros Facultad (15 miembros)*

**Tom** *(enviado)*

Chicos, estáis ahí?

Siguió sin obtener respuesta pero, de pronto, sonó el tono de notificación. Era un mensaje privado de uno de los miembros del grupo.

*Tom – Edward*

**Edward** *(recibido)*

Tom, deja de escribir. Se alteran cada vez que les suena la notificación en sus móviles. El ruido les atrae.

**Edward** *(recibido)*

Quítale el volumen a tu móvil.

Tom así lo hizo. Lo silenció y siguió hablando con su compañero. Se trataba del Profesor Edward Hudson, de Derecho Privado.

*Tom – Edward*

**Tom** *(enviado)*

Ed, qué ha pasado?

Sabes algo?

Sabes algo de los demás?

**Edward** *(recibido)*

Han caído todos, Tom. Han caído todos!

**Tom** *(enviado)*

Cómo que todos?

**Edward** *(recibido)*

Estábamos todos en la cafetería cuando empezó el ataque.  
Dos de esos bichos entraron y...

**Tom** (*enviado*)

Tranquilo, Ed.

En el aula A.6 estamos 4 supervivientes.

**Edward** (*recibido*)

Yo conseguí esconderme en la concina.

Desde aquí pude verlo todo.

Han caído todos! Todos menos tú y yo.

Y menos Marcus, que hoy no ha bajado al café.

Tom sabía que Marcus también había caído. Era su compañero de Departamento. Le había visto a primera hora de la mañana en un estado lamentable. Sin duda se había contagiado.

*Tom – Edward*

**Tom** (*enviado*)

Marcus también ha caído. Le he visto.

Ed, dónde estás?

Tom tardó unos instantes en asimilar lo que su colega acababa de contarle. Todos sus compañeros menos Ed y él mismo, estaban contagiados.

Casi sin darse cuenta había comenzado a hablar de contagio. Era increíble la capacidad de adaptación a las circunstancias por muy adversas que estas fueran.

Su *smartphone* vibró. Tenía otra notificación. De nuevo era Ed.

*Tom – Edward*

**Edward** (*recibido*)

Aún estoy escondido en la cocina.

Desde aquí puedo ver la conserjería.

Hay gente.

Voy a tratar de llegar hasta allí.

Tengo comida.

Crees que podréis llegar hasta allí?

**Tom** (*enviado*)

Por qué la conserjería, Ed?

Es una ratonera. Está en medio del hall principal.

¿Por qué habían de ir a la conserjería? El habitáculo estaba situado justo en el centro del hall principal. Allí no tendrían escapatoria, rodeados de



seres por todos los lados. ¿Qué plan tendría Ed?

*Tom – Edward*

**Edward** (*recibido*)

Porque está muy cerca de la entrada principal.

He estado observando a estos bichos.

Se desplazan sin rumbo y a veces dejan huecos vacíos.

Creo que si aprovechamos el momento oportuno y corremos, desde aquí podríamos llegar a la puerta principal.

Mientras esperamos, tengo agua y víveres para poder resistir el tiempo que sea necesario.

Podréis llegar?

**Tom** (*pendiente de envío*)

Difícil, pero podemos intentarlo.

En ese momento volvió a interrumpirse la conexión. Lo último que le había escrito a Ed era que intentaría llegar a la conserjería con los tres alumnos. Había pulsado el botón de envío del mensaje, pero no podía estar seguro de si su compañero lo había recibido. En cualquier caso, sabía que Ed había visto gente en la conserjería y trataría de llegar hasta allí cargado de comida. Era una operación arriesgada. Para llegar de la cafetería a la conserjería tenía que atravesar un tramo del hall principal atestado de seres. Había dicho que podía hacerlo. ¿Cómo podría? Tal vez la zona estaba ahora despejada o quizá aprovecharía uno de esos huecos a los que se había referido, aunque la distancia entre la cafetería y la conserjería era demasiado larga como para arriesgarse a algo así. Por otra parte, si los seres no estaban concentrados allí, era porque se habían desplazado a otra parte del edificio y esa parte podría ser la primera planta. Allí aún había supervivientes. No podían saber cuántos habría en las otras aulas pero seguramente los había y, si habían hecho ruido, las criaturas podrían haber sido atraídas por el sonido y por tanto era posible que hubiesen tomado el pasillo. Entonces, ¿cómo podrían salir del aula A.6?

En cualquier caso, desde luego, el plan de escape de Ed era una interesante opción a considerar.

George y Amy estaban asomados a sendas ventanas abiertas intentando llamar la atención de los servicios de emergencia mientras Mark navegaba por Internet tratando de encontrar respuestas a lo que estaba ocurriendo. En el mismo instante en que Tom perdió la conexión, Mark, que estaba sentado en un pupitre más o menos en el centro del aula, acababa de entrar en la página web del periódico local. Como la página se había cargado por

completo, pudo leer la noticia principal aún después de haber perdido la conexión.

Tom estaba subiendo las escaleras para ver cómo iba la operación de llamada de atención a los servicios de emergencia antes de aventurarse a llegar hasta la consejería cuando, de pronto, Mark gritó desesperado.

—¡Alejaos de las ventanas! ¡Alejaos de las ventanas! ¡RÁPIDO! — gritaba el chico mientras ascendía por el aula escalonada en dirección a los otros, saltando de mesa en mesa.

El tiroteo comenzó cuando Mark llegó a las ventanas con el tiempo justo para tirarse sobre Amy y agazaparse con ella en el suelo impidiendo que alguna bala les alcanzase. George se agachó también y Tom, que no había llegado más allá de la mitad de la escalera, se escondió entre las mesas de pupitre de la cuarta fila. Las bancadas superiores le hacían de escudo.

El ataque cesó en apenas treinta segundos. Cerraron las ventanas y bajaron a la tarima. Apagaron las luces.

—Pero ¿por qué nos disparan? —preguntó Amy.

—Tienen orden de evitar la expansión de la epidemia sea como sea — respondió Mark—. Acabo de leerlo en el periódico. Una noticia de última hora. Dice que al parecer se trata de la liberación de un virus mortal que se contagia por la sangre y que la operación de rescate se está llevando con suma minuciosidad: únicamente permiten salir del edificio a aquellos que no han sido contagiados, después de haberlos sometido a un exhaustivo análisis. Y también dice que no entrarán a buscar a nadie —esta última afirmación resultó sumamente desalentadora.

—¿Un exhaustivo análisis? —repitió George—. No se imaginan lo rápida que es la transformación. A nadie le daría tiempo a salir de aquí después de haber sido mordido y antes de transformarse. ¿Para qué necesitan un análisis? Se percibe a simple vista.

—A mí no me preocupa que no sepan lo rápida que es la transformación porque hay que verlo para creerlo —interrumpió Tom—. Lo que me preocupa es que afirmen abiertamente que se trata de la liberación de un virus que se transmite por la sangre. Pensadlo, chicos. Lo que hay en este edificio

no son enfermos normales, ¡son zombis! Y los zombis son seres fantásticos. Ese periódico está hablando con total normalidad de un virus que hasta hace unas horas sólo creíamos existente en historietas para niños y adolescentes.

Los cuatro se quedaron pensativos. Allí estaba ocurriendo algo grande y muy grave que escapaba a su comprensión, pero de lo que estaba claro que alguien ya tenía pleno conocimiento.

*Facultad de Derecho, 23 de octubre de 2020, 14:00 h*

Tom contó a los tres chavales su conversación con Ed, su plan de huída y su posibilidad de unirse a él si conseguían llegar hasta la conserjería. La idea de que hubiese otros supervivientes en el edificio resultaba alentadora, pero ni a George, ni a Amy ni a Mark les hacía ninguna gracia volver salir del aula después de su última experiencia en el pasillo y de lo que le había pasado a Mike. Claro que, lógicamente, no podrían quedarse allí para siempre.

—Tarde o temprano tendremos que salir de aquí —afirmó Tom tratando de persuadir a los chicos, intentando hacerles entrar en razón—. Ya habéis visto lo que dicen los periódicos: nadie entrará a buscarnos. Si queremos salvar la vida, tendremos que salir de este edificio por nosotros mismos y, creo sinceramente, cuanto más seamos, más fuerza podremos hacer para conseguir salir. Así que mejor será que hagamos esto juntos —el profesor sonaba casi paternal.

—Pero Profesor Wheeler —dijo George—, ¿cómo vamos a llegar a la conserjería? Está en el hall principal y ya hemos podido comprobar que esa zona está plagada de seres. No podremos cruzarlo. Nos cogerán.

Mark y Amy asentían con la cabeza.

—Ed está en la cafetería y desde ese punto puede ver el hall porque las puertas del establecimiento y el tabique que lo separa del hall principal son de cristal —les explicó Tom— y dice que desde allí puede llegar a la conserjería. Supongo que, tal vez, esa zona esté más o menos despejada.

—Si está despejado es porque los zombis se han desplazado a otra zona del edificio —razonó Mark—. Por ejemplo a nuestro pasillo. Podrían

acorrallarnos. No tendremos escapatoria.

Tom ya había pensado en esa posibilidad. Para qué negarlo. Pero lo cierto era que no se oía ningún ruido en el pasillo de la primera planta. Ciertamente esos seres eran más ruidosos cuando atacaban pero cuando estaban en reposo, caminando errantes, también emitían ese sonido terrorífico tan característico, esa especie de susurro odioso que más bien sonaba como una mezcla entre un gruñido y un jadeo. No se oía nada de eso.

En ese preciso momento, de nuevo sonó el tono de notificación de Tom. Otra vez habían recuperado la conexión.

—¡Es Ed! —dijo Tom—. De acuerdo, chicos. Yo hablaré con él para que me cuente cómo está la situación. Vosotros intentad contactar con alguien de fuera. Decidles que estamos vivos y no contagiados y que necesitamos ayuda — los organizó Tom—. ¡Venga! ¡Rápido!

Así lo hicieron. George y Mark trataban de contactar con familiares y amigos mientras Amy llamaba directamente al número de emergencias. Tom, por su parte, se escribió con Ed.

*Tom - Edward*

**Edward** *(recibido)*

He conseguido llegar a la conserjería.  
Estoy con Rachel y con Jonathan.  
Roger ha caído.

Rachel, Jonathan y Roger eran los conserjes. Roger no era más que un crío.

*Tom - Edward*

**Tom** *(enviado)*

¿Cómo has conseguido cruzar el hall?

**Edward** *(recibido)*

Cuando comenzó el ataque se estaba reproduciendo un documental en el salón de actos que está al lado de la conserjería.  
Quienes estaban dentro, permanecieron encerrados pero cuando han intentado salir, los han cogido. Los bichos que estaban en el hall se han dirigido hacia allí atraídos por el sonido del vídeo.

Como no caben todos dentro del salón, se han apiñado en la puerta.

**Tom** (*enviado*)

¿Crees que podremos pasar?

**Edward** (*recibido*)

Ya es tarde, Tom.

El documental ha terminado y vuelven a estar desperdigados por el hall.

¡Habían perdido su oportunidad! ¿Qué harían ahora?

*Tom - Edward*

**Edward** (*recibido*)

Se me ocurre una idea.

Si sois capaces de llegar a la pasarela que conecta el descansillo de las escaleras con la sala de estudio, podéis descolgaros hasta aquí. Ahora mismo la pasarela está despejada.

De nuevo se perdió la conexión. La conversación con Ed había quedado inacabada y Amy no había conseguido contactar con los servicios de emergencia porque la línea telefónica se cortaba constantemente. George y Mark habían conseguido enviar bastantes mensajes a sus allegados pidiéndoles que llamasen a emergencias y comunicasen que había supervivientes en el edificio. La novia de Mark contestó informándoles de que ya eran conscientes de que había supervivientes, pero que el protocolo de seguridad era muy estricto porque tenían que asegurarse de que nadie contagiado salía del edificio. De manera que seguían teniendo el mismo problema: cómo salir de la Facultad delante del cordón de seguridad sin resultar amenazantes.

Ed se refería a la pasarela en la que Tom y los tres muchachos habían estado un rato antes. Antes de llegar a la sala de estudio, la construcción pasaba justo por encima de la conserjería, que era un cubo sin techo y con tabiques de aluminio y cristal situada en el centro del hall principal, frente a la puerta de salida del edificio. Si conseguían llegar hasta allí, podrían descender a la conserjería y, puesto que la misma estaba muy cerca de la entrada principal del edificio, a unos ocho o diez metros de distancia solamente, podrían aprovechar algún momento en que el camino estuviese más o menos despañado para poder escapar.

Tom les planteó la estrategia a los chicos. No tenían mucha alternativa así que decidieron ponerla en marcha.

Acordaron que primero saliese del aula A.6 una avanzadilla compuesta por Tom y por Mark, armados cada uno con una muleta. Llegarían hasta el hall distribuidor de ese piso y, si existía vía libre, harían una señal a George y a Amy para que se uniesen a ellos y juntos avanzarían hasta las escaleras. Todo ello en absoluto silencio pues ya les había quedado claro que a los seres les atraía el ruido. De hecho, George se quitó los zapatos porque su suela sonaba demasiado fuerte al andar. Los otros calzaban silenciosas zapatillas.

Y así lo hicieron.

Afortunadamente, de camino a las escaleras no se encontraron con ninguno de aquellos seres, pero cuando llegaron a éstas, pudieron oír los sonidos mortíferos procedentes de algún punto en pisos superiores.

El mayor peligro era verse rodeado de seres a ambos lados en medio de la escalera, sin posibilidad de escapatoria. Así que se organizaron nuevamente por parejas. Primero bajaron Tom y Amy mientras George y Mark se quedaban al pie de la escalera dispuestos a mantener la vía libre si tenían que escapar. George había recuperado el borrador que les había salvado la vida, lo encontró tirado en el suelo.

Cuando los primeros llegaron al descansillo que daba acceso a la pasarela y comprobaron que estaba vacía de aquellos seres, hicieron una señal luminosa a los otros con la linterna del móvil de Amy y George y Mark bajaron. Los cuatro juntos avanzaron por la pasarela, Tom en cabeza y Mark cerrando la comitiva ya que eran quienes iban armados.

Al final de la pasarela estaban las puertas de cristal de la sala de estudio y hacia la mitad, asomándose, podían ver el interior de la consejería. Estaban justo encima. Cuando los vio allí asomados, Ed les hizo un gesto de aprobación levantando el pulgar. El Profesor estaba sentado en el suelo con los dos conserjes que habían sobrevivido. El hall principal estaba atestado de errantes seres.

Como, por razones de seguridad, no podían hacer ruido, Ed utilizó folios y un rotulador negro para comunicarse con Tom y los chicos. Escribía los mensajes con letras grandes y se los mostraba. El primero ponía lo siguiente:

*Saltad la barandilla*

*y subid a ese armario.*

El segundo:

*Del armario podéis  
saltar al suelo.*

La maniobra no era difícil. Los cuatro eran perfectamente capaces de llevarla a cabo. Un armario alto se encontraba apoyado en una de las paredes del cubo que formaba la conserjería. Si pasaban al otro lado de la barandilla de la pasarela, con un pequeño salto podrían llegar a lo alto de ese armario y de ahí, bajar al suelo fácilmente.

El primero en saltar sería George. Cruzó la barandilla y se subió a lo alto del mueble. El problema fue que en el momento en que se inclinó para descender al suelo sin hacer ruido, el armario se tambaleó y, aunque Ed y los conserjes trataron de sujetarlo, acabó desarmándose y cayendo al suelo estrepitosamente. El mueble no pudo con el peso del chico.

El estruendo fue tal que, como era de esperar, decenas de seres que vagaban por el hall principal comenzaron a andar hacia la conserjería y a golpearse contra los cristales de sus tabiques, incapaces de sortear el obstáculo. Cada vez llegaban más seres, empujándose unos a otros. ¡El cristal acabaría por ceder! ¡Comenzó a agrietarse! Los ocupantes del habitáculo se miraron unos a otros. Por unos instantes no sabían qué hacer. ¡Estaban bloqueados! Como era de esperar, ¡había cundido el pánico!

Inicialmente los de arriba se sintieron como inútiles observadores de aquella horripilante escena pero, por suerte, acabaron por reaccionar, antes que los desgraciados de abajo.

El armario estaba desarmado y ninguna mesa ni silla era lo suficientemente alta como para que los de la conserjería pudiesen auparse hasta la barandilla. Los cuatro aterrados ocupantes trataban de colocar unos muebles sobre otros, pero era inútil. Así que a Amy se le ocurrió una idea: los tres de arriba se quitaron los pantalones y las camisetas y, en cuestión de segundos, fabricaron una cuerda lo suficientemente fuerte como para aguantar el peso de una persona adulta. Se la tiraron a los de abajo. El primero en trepar fue George, quien llegó a la pasarela en un tiempo record, en buena medida gracias a la adrenalina del momento, pero también a su buena forma física. A continuación,

subió Rachel, aupada por Ed, que trepó en tercer lugar. Justo cuando el profesor alcanzó la pasarela y dejó la cuerda improvisada libre para Jonathan, el cristal de la conserjería se rompió y los seres entraron en tropel. Ya era demasiado tarde para él.

Rachel retiró la mirada de inmediato, no podía soportar aquella imagen.

No hubo demasiado tiempo para reaccionar. Atraídos por el ruido, los seres que vagaban por las escaleras comenzaron a avanzar por la pasarela.

Los supervivientes corrieron como nunca en su vida habían corrido y se metieron enseguida en la sala de estudio, sin pensárselo dos veces y sin siquiera comprobar si estaba despejada. Por fortuna, sí lo estaba. Las puertas eran de cristal y temían que, como había ocurrido con la conserjería, no pudiesen aguantar la presión de las decenas de seres que podrían concentrarse allí. De modo que mientras Tom, Ed y Mark las sujetaban, los demás se dedicaron a coger muebles para atrancarlas. Reunieron todo lo que pudieron acarrear hasta allí: mesas y sillas pero también, arrastrándolas entre varios, un par de estanterías llenas de pesados libros. Ahora bien, no debían confiarse. La puerta de acceso a la pasarela estaba cubierta pero los tabiques de la sala también eran de cristal. No estaban a salvo.

*Facultad de Derecho, 23 de octubre de 2020, 16:00 h*

El grupo permanecía en la sala de estudio. En silencio. Tom, Mark y Amy se habían vestido con sus estiradas ropas. Las prendas habían quedado deformadas pero, al fin y al cabo, habían salvado la vida de tres personas.

Los seres todavía se apelotonaban contra la puerta de acceso desde la pasarela. Habían sido atraídos por el ruido cuando el grupo fue atacado en la conserjería de modo que pensaron que, si permanecían en absoluto silencio, tal vez aquellos seres se fuesen. Pero no fue así. Llevaban encerrados más de una hora y seguían apiñados en la puerta. Resultaba realmente difícil aguantar en silencio en tales circunstancias.

El grupo había pasado de cuatro a seis miembros con la adhesión de Rachel y Ed, lo cual por un parte era positivo porque cuantos más fuesen mejor



podrían defenderse pero, por otra, podía ser negativo ya que un grupo grande con dificultad podía moverse por aquel campo de batalla en que se había convertido el edificio de la Facultad y, recuérdese, no podían permanecer quietos en un sitio puesto que su objetivo era salir del edificio lo antes posible.

—Pero, ¿qué demonios está pasando? —preguntó Rachel.

—Parece alguna clase de epidemia —dijo Tom—. Puede que cueste creerlo, pero pensamos que podría tratarse de zombis aunque nosotros no les llamamos así. Casi sin pensarlo, los estamos denominando seres —la mujer lo escuchaba estupefacta—. Quizá no sea más que un mecanismo de nuestras mentes para afrontar una situación como esta —razonó él.

—Son zombis —puntualizó Mark, con decisión—. No debemos negar la realidad.

—Yo también lo he pensado —añadió Ed posando su mano derecha sobre el hombro izquierdo de Mark—. Desde el principio, de hecho. Cierto es que el zombi es un personaje fantástico, pero tal vez llamarle a las cosas por su nombre sea lo que debemos hacer —Ed les llamaba bichos—. Llevo todo el día observando su comportamiento, su modo de actuar, y no puedo negar que el desarrollo de esta epidemia responde con exactitud a un ataque zombi.

Se habían dado cuenta de que, desde que había empezado el ataque, nadie se había referido a los infectados como personas. Siempre se referían a ellos como seres (Mark como zombis y Ed como bichos) cuando en realidad, en no pocas ocasiones podían reconocer de quién se trataba, bien fuera por su vestimenta o, incluso, por sus rasgos si el grado de descomposición no era muy avanzado. Tal vez la presencia de los zombis en la cultura popular en aquella época en que estaban tan de moda, de un modo casi inconsciente, les había hecho tomar rápida consciencia del horror del escenario en que se encontraban.

Tom no era un experto en zombis precisamente. Lo suyo eran más los viajes en el tiempo. Pero en la sociedad en que vivía era difícil no tener unas nociones básicas sobre tan populares personajes de ficción. Mark, en cambio, sí sabía mucho sobre el tema y, por lo visto, Ed también pues habiéndolos observado durante horas, había sacado una serie de conclusiones sobre su comportamiento de lo más interesante. Los dos conocían sus características y el modo en que debía actuarse ante un ataque zombi. Información muy útil. Era

una suerte tenerlos en el equipo.

*Facultad de Derecho, 23 de octubre de 2020, 16:30 h*

Los zombis continuaban apelotonados en la puerta de entrada, de manera que el grupo no tenía más remedio que permanecer en el interior de la sala de estudio. La situación era realmente tensa y los supervivientes se sentían muy nerviosos, temerosos de que el cristal de las puertas pudiera acabar cediendo como ocurrió en la conserjería. Sin embargo, en esta ocasión, el número de atacantes era notablemente inferior y el cristal parecía aguantar bastante bien, hasta el momento no se había producido ninguna grieta, afortunadamente.

Los tres alumnos y Rachel acabaron por sentarse en el suelo, al fondo de la sala. Allí se sentían más seguros. Tom y Ed se unieron a ellos.

—Profesor Hudson, por favor, explíquenos qué pasó en la planta baja —pidió Amy—. Sabemos que en el primer piso había al menos tres zombis, el Profesor Wilson y dos alumnos de su clase...

—Cuatro con el chico de primero que asesinaron en el pasillo —interrumpió Mark.

—Exacto, cuatro —continuó la chica—. Cuando nuestros compañeros se fueron, comenzamos a oír un fortísimo griterío. ¿Qué pasó? ¿El Profesor Wilson y los otros habían bajado o había otros contagiados en esa planta? Bajaron decenas de personas, centenares incluso, ¿cómo cuatro zombis pudieron atraparlos a todos? ¿Cómo es posible que no pudiesen salir del edificio?

—El hall principal está atestado de zombis. Está claro que cogieron a la mayoría —añadió George—. Lo lógico sería que todas esas personas hubiesen bajado y, aunque hubiesen pillado a unas cuantas, la mayoría hubiesen conseguido escapar, salir del edificio.

Ed los observó a todos unos instantes y comenzó su relato de los hechos:

—No lo habéis entendido, muchachos —dijo el profesor—. Para

empezar, cuando esos chicos a quienes os referís bajaron, no sólo estaban contagiados esos cuatro que habéis mencionado sino otros muchos. De hecho, de la planta superior ya había llegado un buen grupo de personas —sin duda se refería a los alumnos que habían escapado del aula A.3—. Richard, el Profesor Wilson, y sus dos alumnos no fueron el origen. Tal vez sí en el piso primero, pero no fueron ellos los que iniciaron todo en la planta baja...

—Mark, me parece que estabas equivocado cuando esta mañana, en clase, sugeriste la comparación entre una persona que sufre un trastorno mental transitorio y un zombi. Esto no tiene ninguna pinta de transitorio —dijo George.

—Me refería al modo en que, de repente, sufren la alteración. No a su evolución —aclaró el otro.

—Un momento, Ed —interrumpió Tom—. ¿Nos estás diciendo que había otros en el edificio?

—Lo que os estoy diciendo es que no fue Richard quien inició la epidemia en la planta baja, Tom. Al menos eso es lo que yo vi.

Tom y los tres estudiantes lo miraban con suma atención.

—Por favor, cuéntenos la historia, Ed —le pidió Tom.

*Facultad de Derecho, 23 de octubre de 2020, 10:35 h*

Ed y sus compañeros, más bien amigos, estaban en la cafetería. Un pequeño receso para reponer fuerzas. El grupo estaba formado por trece personas, entre profesores y personal de administración y servicios, así que normalmente unían varias mesas al final del local. Aquella mañana estaban todos excepto Tom, que tenía clase a esa misma hora, y Marcus, a quien nadie había visto desde el día anterior.

Sólo se encontraban allí otros cuatro clientes. Tres de ellos, una profesora y dos empleados de administración, en una mesa pequeña, muy próxima a la puerta de entrada, y el cuarto, un joven profesor de primero, tomaba su café en la barra mientras leía el periódico. En ese momento, la cafetería estaba atendida por un único camarero.

Ed se acercó un momento a la barra para pedir un azucarillo cuando, de pronto, los tres clientes que estaban en la mesa cercana a la puerta se levantaron rápidamente y se arrimaron a un lado, contra una de las paredes laterales del local. Dirigió su mirada a la entrada, igual que hicieron el resto de los presentes y vio entrar a un hombre que no había visto nunca por allí. Pero... Algo le pasaba... ¿Qué le ocurría?

Puesto que el tabique frontal de la cafetería, que daba al hall principal del edificio, era de cristal, Ed podía visualizar perfectamente la conserjería desde su posición. Los tres conserjes observaban la escena desde allí. Sus rostros reflejaban el mismo desconcierto que sentían los usuarios del café.

Algo le sucedía a aquel hombre. No estaba bien. Eso saltaba a la vista. Caminaba con dificultad, cruzando los pies de tal manera que pareciera que en cualquier momento las piernas se fueran a enredar haciéndole caer. Además, su brazo derecho colgaba de una manera extraña, como si estuviese roto, y llevaba el cuello retorcido de forma antinatural, exageradamente hacia atrás, en una posición que no permitía verle bien la cara.

Todos observaban la escena con atención y en silencio. El individuo se acercaba a los ocupantes de la mesa pequeña con lentitud. Ellos no se movieron. Entonces, de una manera totalmente repentina e inesperada, el hombre se abalanzó sobre uno de ellos, uno de los administrativos, y le mordió brutalmente en el cuello acabando con su vida. Los otros dos emitieron un grito ahogado y se apartaron a un lado. Los compañeros de Ed se pusieron en pie de inmediato, pero no les dio tiempo a reaccionar ni mucho menos a auxiliar a aquellos tres de igual modo que Ed, el cliente del periódico y el camarero tampoco tuvieron tiempo de nada pues en muy poco tiempo, y ante la mirada aterrada de los testigos, la víctima... ¡SE LEVANTÓ!

Los presentes quedaron con la boca abierta. ¿Cómo pudo levantarse? ¿Habría muerto realmente? Quizá sólo estaba inconsciente.

Los compañeros de la víctima se encontraban en estado de shock y ese fue el bloqueo que acabó por costarles la vida. Mientras el hombre extraño atacaba a la mujer, el aparentemente resucitado, se ocupaba del hombre. En pocos minutos también ellos se levantaron y ese fue el momento en que cundió el pánico.

¿Cómo era posible? Parecía algún tipo de epidemia.

Los compañeros de Ed echaron a correr. Querían escapar de allí fuese como fuese. Pero los ya cuatro contagiados les cerraban el paso. Intentaron cruzar su línea pero aquellos individuos, que aparentemente se movían con dificultad, resultaban implacables a la hora de atacar.

Cayeron todos.

Cuando empezaron a levantarse, Ed y el joven profesor del periódico saltaron por encima de la barra y, junto con el camarero, se encerraron en la cocina. Permanecieron allí unos minutos y entonces Ed abrió un poco la puerta, sólo una rendija, lo justo para echar un breve vistazo y vio que sus pobres amigos habían salido al hall principal. Ya eran 17 bichos. Justo en aquel momento, un grupo de asustados alumnos se precipitaban escaleras abajo y se desperdigaban por el hall. Dos o tres consiguieron llegar a la puerta de salida, pero desgraciadamente la mayoría fueron atrapados y acabaron por formar parte de aquel invencible escuadrón.

El camarero y el profesor del periódico no aguantaron la presión e intentaron escapar por la puerta de carga y descarga que daba precisamente a la cocina. Desgraciadamente, nada más abrir la puerta aquellos muchachos que habían conseguido salir del edificio se echaron sobre ellos y le proporcionaron a cada uno su correspondiente mordisco mortal. Pobrecillos. Ya era tarde para aquellos chavales consiguieron huir.

Desesperado, Ed fue capaz de reaccionar y empujó hacia el a las cuatro víctimas en aquel momento enredadas. Cerró la puerta. Estaba sólo.

*Facultad de Derecho, 23 de octubre de 2020, 20:00 h*

Eran las ocho de la tarde cuando los zombis acabaron por desistir y, poco a poco, fueron despejando la entrada y dispersándose de nuevo por la pasarela y las escaleras.

Sin embargo, el grupo decidió pasar la noche allí, en la sala de estudio. Pronto oscurecería y no podían arriesgarse a deambular por el edificio a oscuras

pues era demasiado peligroso. Pernoctarían allí y, en cuanto saliese el sol, tratarían de salir.

Se instalaron en una esquina de la sala y construyeron una barricada alrededor. Para ello utilizaron sillas colocadas con las patas hacia arriba a fin de que, si estando todos dormidos se colase algún zombi, quedase atrapado entre las sillas. Ya habían podido comprobar que se desplazaban de un modo errante y con grandes dificultades a la hora de sortear obstáculos. Si alguno de ellos se topaba con las patas de las sillas, probablemente quedaría impedido. Ciertamente cabía la posibilidad de que la barrera no pudiese detener al intruso, pero sin duda organizaría un gran estruendo que les despertaría y les permitiría escapar. Funcionaría como alarma más que como una defensa y siempre en el hipotético caso de que quien estuviese de guardia se quedase dormido ya que, prudentemente, se organizaron por turnos.

Ed había conseguido trepar por la cuerda de ropa con la mochila que había llenado de comida a la espalda así que tuvieron la suerte de poder comer algo aquella tarde. Además, afortunadamente, la sala contaba con un cuarto de baño con agua corriente. Por otra parte, debido a la falta de suministro eléctrico, no tuvieron más remedio que alumbrarse con las linternas de los móviles procurando ahorrar cuanta batería fuese posible ya que no podrían recargarla.

Por la noche Tom fue quien hizo el primer turno de una hora. Se sentó en el suelo, apoyado en una columna frente a la entrada de la sala, con las muletas para defenderse si fuese necesario.

Cuando ya estaban todos dormidos, Ed se acercó a Tom y se sentó a su lado.

—Tom, hay algo que no os he contado.

Su compañero le escuchaba con atención.

—No quería que cudiese el pánico, pero tú debes saberlo —continuó.

—¿Por qué yo y no los otros? —quiso saber.

—Porque eres el líder —Tom le miró con extrañeza—. Vamos Tom, no me mires así. Lo sabes perfectamente. Eres el único que puede sacarnos vivos de aquí.

—Cuéntame lo que sea.

—El hombre del que os hablé, ese individuo tan extraño... Vestía una bata blanca.

—¿Cómo que una bata blanca? ¿Quién lleva bata en una Facultad de Derecho? Aquí no hay laboratorios. ¿Estás seguro de lo que viste, Ed? —preguntó Tom con extrañeza.

—Completamente, llevaba una bata de color blanco. Tom, aquí está pasando algo raro.

—Y tan raro —dijo Tom, con obviedad.

—Tú ya me entiendes. ¿De dónde venía ese hombre?

—No lo sé, pero nuestra prioridad es salir de este edificio y llevarnos a esos chicos con nosotros —señaló a los tres estudiantes y a Rachel.

—¿Qué tal te apañas con las muletas? —le preguntó Ed. No se refería a la lesión del pie precisamente.

—Con una bastante bien. No es lo mismo, pero me voy arreglando. Mark ha llevado la otra todo el día. El chico la maneja bastante bien, la verdad. Por otra parte, George es buen lanzador y Amy es muy aguda. Creo que formamos un buen equipo.

Estaba muy cansado, pero mientras permanecía en guardia, Tom pensaba en todo lo que había ocurrido aquel día y que aún estaba sucediendo y en lo que le había contado Ed. Si en circunstancias normales se lo hubiesen contado, jamás lo hubiese creído. Había que vivirlo. Sus compañeros, sus alumnos... Las personas con las que compartía su día a día desde hacía años ahora eran... Se habían transformado en...

Ya apenas se acordaba de su pie lesionado. Si lo pensaba, sentía una ligera molestia. Pero ¿qué importaba comparado con el tremendo peligro al que estaban expuestos? Eso sí, parecía cosa del destino que justo se hubiese desatado el caos estando armado con dos muletas. Ya le habían salvado la vida en más de una ocasión. Mientras hacía guardia les quitó el soporte de plástico para facilitar

su manejo. Dos barras de aluminio rígido de aproximadamente un metro de longitud. Él las manipulaba con soltura así que se quedaría con una. La otra podía dársela a alguno de los miembros del grupo. La cuestión era: ¿a quién? ¿a quién le haría entrega del arma? ¿quién tendría la suerte de portar el arma que podría salvarle la vida y quién no? Durante ese primer día la había llevado Mark y había resultado bien. Era un chico corpulento y en buen estado físico. Tal vez fuese la mejor opción. Entre los dos podían defender la vida de todos los integrantes del grupo. Pero, llegado el momento de la verdad, ¿realmente velarían por salvar la vida de todos? ¿quiénes portasen las muletas arriesgarían sus vidas por salvar las de los demás? Por la mañana se habían arriesgado para salvar a Amy y a George cuando el zombi atrapó a Mike, claro que en esa ocasión hubo un único atacante. En definitiva, era algo que Tom no podía prever. Se sentía muy valiente pero cómo puede reaccionar un ser humano ante una situación límite es algo totalmente imprevisible. El dueño de las muletas era él y la decisión era realmente difícil.

Por otra parte, si lo pensaba bien, George había demostrado ser un gran lanzador. La fuerza de sus brazos era increíble, así lo había revelado tanto con el lanzamiento del borrador como con la destreza y rapidez con que había escalado desde la conserjería a la pasarela cuando los zombis rompieron el cristal. Si le proporcionaban munición apropiada, el chico podría desenvolverse con soltura. Por tanto, si Tom hacía entrega de la segunda muleta a Mark, tenía que pensar qué instrumento asignarle a Amy. Era una chica lista, pequeña pero muy ágil. Sabría arreglárselas si contaba con el arma adecuada para ella. También necesitarían algo para Ed. Era un treintañero larguirucho y de complexión delgada, siempre con su traje impoluto y su maletín. Su compañero nunca hubiera imaginado que sería capaz de trepar por una cuerda hecha de ropa como lo hizo aquella tarde cuando logró escapar de los zombis. Sin duda estaba preparado.

Juntos formaban un buen equipo. Pero quien realmente preocupaba a Tom era Rachel. Se trataba de una mujer rechoncha y poco ágil que, además, se veía muy asustada. No les quedaría más remedio que ayudarla entre todos. Previsiblemente, tendría dificultades cuando llegase la hora de la verdad.



## Capítulo 2

### Legítima defensa

*Facultad de Derecho, 24 de octubre de 2020, 06:30 h*

Tom se despertó al amanecer. George estaba de guardia. Observó que el chico recorría la sala quitando las ruedas a las sillas que las tenían y guardándolas en una mochila que había encontrado, probablemente su dueño habría escapado dejándola atrás, o tal vez algo peor le había ocurrido. Sin duda lo que el chaval hacía era prepararse para la batalla recogiendo munición. No le había ido mal con el lanzamiento de borrador el día anterior y aquellas ruedas de plástico y metal parecían perfectas: estructuras de metal y plástico de aproximadamente medio kilo de peso, mucho mejores que un borrador de plástico y almohadilla.

—Tom —Ed se había despertado también—. ¿Qué vamos a hacer?

Ed se mostraba muy preocupado, obviamente. Tom sabía que por lo general su colega era una persona que, por su comportamiento, transmitía seguridad a quienes le rodeaban, pero en aquel momento el chico no se sentía el soporte de nadie. Tenía miedo como los demás.

—No lo sé, Ed —respondió Tom con sinceridad.

—Tenemos que salir del edificio lo antes posible. Desconocemos a qué ritmo avanza el contagio, pero tiene pinta de ser rápido. Tampoco sabemos cuántos supervivientes puede haber ahora mismo en el centro pero me atrevería a decir que no deben ser muchos porque, entre alumnos y personal somos unas cuatrocientas cincuenta personas más o menos y yo diría que ayer en el hall principal perfectamente habría unas cien o ciento cincuenta —razonó Ed.

—Desde nuestra posición, la entrada principal es inabordable y las salidas a las escaleras de incendios suponen un gran riesgo porque tendríamos que atravesar gran parte del edificio sin saber a cuántos de ellos nos podemos

encontrar por el camino. Creo que lo más inteligente sería intentarlo por la salida del garaje. Probablemente hubiese muy poca gente o nadie allí cuando comenzó el ataque, por tanto cabe esperar que esté despejado —razonó Tom.

—¿Cuál es tu plan? —Ed le prestaba toda la atención.

En efecto, Tom tenía un plan. No había dormido mucho aquella noche así que había tenido tiempo de sobra para pensar en una estrategia. No es que sintiese la mente demasiado clara, lo cual es perfectamente normal en una situación de alto estrés como la que estaban viviendo, pero con gran esfuerzo había ideado algo.

—Escucha.

Claro que le escuchaba. ¿Qué otra cosa podía hacer?

—Esta noche he observado que los zombis que se apiñaban en la puerta de esta sala, se han ido yendo hacia la zona de escaleras y pasillo de aulas. Pocos permanecen en la pasarela. Si tratamos de atraer su atención hacia un punto fuera de la pasarela y de las escaleras, tendremos el camino despejado para poder bajar.

—¿Y cómo sugieres que llamemos su atención?

El rostro de Tom reflejaba a la perfección la gran laguna de aquel plan. No tenía ni idea de cómo hacerlo.

El resto del grupo se había despertado también. En realidad, ninguno de ellos había dormido demasiado aquella noche. No estaba la cosa como para tener un sueño reparador, precisamente.

Se sentaron en círculo dentro de los límites de la barricada y se dispusieron a desayunar. No tenían gran cosa. Ed había llenado su bolsa con todo lo que pudo cuando escapó de la cafetería pero ya eran seis personas y, además, debían racionar la comida con inteligencia porque no sabían cuánto tiempo permanecerían escondidos, ni dónde.

A pesar de las horas que habían transcurrido desde que el ataque había comenzado y del desgaste físico y psíquico que desde entonces todos venían sufriendo, ninguno de ellos tenía hambre sino más bien todo lo contrario. El

estrés, el nerviosismo y la ansiedad se traducían en desagradables molestias estomacales que hacían realmente difícil dar bocado. Sin embargo, eran conscientes de que debían reponer fuerzas ya que la jornada se presentaba dura y debían estar en plena forma. No había lugar ni para cansancio ni para la debilidad. Si tenían que correr, correrían. Si tenían que luchar, lucharían. Y si tenían que arriesgar su vida por un compañero, así sería. Para ello necesitaban dar todo de sí, una resistencia y una fuerza física como nunca hubiesen imaginado. No había lugar para el error ni para segundas oportunidades.

Mientras forzaban el desayuno, Tom expuso su plan al resto del grupo y ahí comenzó la lluvia de ideas a ver a quién se le ocurría la mejor manera de atraer la atención de los zombis hacia algún punto fuera de las escaleras sin ponerse ellos en peligro.

—¡Ya lo tengo! —se entusiasmó Amy—. Desde la pasarela podemos asomarnos al hall principal, ¿no? Y sabemos que a estas criaturas les atrae el ruido. Pues bien, lo que podemos hacer es reproducir música muy fuerte en un móvil con el volumen al máximo y lanzarlo al hall desde la pasarela. Si sale bien, se dirigirán a ese punto despejando la escalera.

—Pero Amy —intervino George—. Si lanzamos un teléfono móvil por el aire desde esta altura, se romperá al caer al suelo.

—No lo tiraremos literalmente, sólo era una forma de hablar —aclaró la chica—. Podemos fabricar un cordel lo suficientemente largo atando los cordones de los zapatos, amarramos bien el móvil y lo descolgamos hasta posarlo en el suelo.

La verdad es que a todos les pareció una gran idea. Era un plan muy inteligente.

—Ahora debemos decidir en dónde lo soltaremos porque si vamos a bajar al garaje por las escaleras, necesariamente tenemos que pasar por la planta baja y ahí es donde pueden pillarnos —dijo Ed—. Apenas se trata de un espacio de dos o tres metros. Simplemente el punto de acceso desde las escaleras a esa planta, pero viendo la concentración de zombis en ese punto, es un riesgo demasiado grande. Si sólo fuésemos a pasar por allí dos o tres, tal vez podríamos pasar desapercibidos, pero somos seis y nos resultará difícil no llamar la atención.

—Bueno —dijo Rachel—. Es evidente que entonces tenemos que atraer la atención de todos ellos hacia un punto lo más alejado posible de las escaleras.

Se pusieron todos a pensar cómo maniobrar. Era conveniente hacerlo lo más cerca posible de la puerta de la sala de estudio en que se escondían puesto que los zombis que permanecían en la pasarela en aquel momento, aunque pocos, afortunadamente deambulaban del lado más próximo a la escalera, justo en el punto contrario a la puerta de la sala. Es decir, depositar el móvil en las inmediaciones de la cafetería sobre la que estaba situada esa sala. Además, también así lograrían apartar lo máximo posible de la escalera a los zombis de la planta baja.

—No habéis reparado en algo importante —advirtió Mark, que hasta el momento había permanecido muy callado—. Si soltamos un teléfono musical en el hall principal, los zombis se dirigirán hacia él, pero ¿qué creéis que harán cuando lo alcancen? —todos le miraban con atención—. ¡Destrozarlo! Abalanzarse sobre él y destruirlo y si tenemos en cuenta lo abarrotado de zombis que está ahora mismo el hall principal, cuando los que ya están en el punto donde dejemos el aparato se acerquen a él y lo destruyan, el reproductor dejará de sonar y los zombis de las escaleras y de los pisos superiores ya no se sentirán atraídos por el ruido, permanecerán en donde están y nosotros nos quedaremos aquí con una cara de gilipollas que no os podéis ni imaginar.

Permanecieron en silencio ante la lógica aplastante del muchacho. Incluso se sentían tontos por no haberse dado cuenta de algo tan obvio.

—Parece bastante claro lo que tenemos que hacer —concluyó entonces Tom—. Descolgaremos el móvil dentro de la conserjería, que coincide bajo la zona central de la pasarela pues está justo en medio del hall principal, a suficiente distancia de la escalera como para dejarnos vía libre. Pero no lo dejaremos en el suelo sino sobre uno de los armarios. Dentro del cubículo hay zombis ahora mismo, pero si colocamos el teléfono sobre un armario, no serán capaces de alcanzarlo. Pondremos una lista de reproducción en bucle y la música sonará sin parar hasta que la batería se agote y durante ese tiempo, con suerte, tendremos el edificio despejado.

—¡Excelente, Tom! —le felicitó Ed.

—Pero el armario se vino abajo cuando escapamos de allí —recordó George.

—Hay más armarios en la pared de enfrente —sugirió Rachel.

—Si envolvemos el móvil con tela sin tapar el altavoz, podemos, ahora sí, lanzarlo con el mayor cuidado posible y no se romperá —propuso Amy—. Lo ataremos igualmente con cordones para poder recogerlo si se nos cae o si no acertamos en la superficie del armario.

El plan era perfecto. Parecía simple pero eficaz.

*Facultad de Derecho, 24 de octubre de 2020, 08:00 h*

Tenían que seleccionar el *smartphone* que mayor volumen alcanzase, pero no podían compararlos porque ello supondría hacer demasiado ruido y empezar a atraer zombis hacia la sala de estudio. Así que tuvieron que fiarse de sus criterios puramente subjetivos. Los móviles de George y de Rachel quedaron descartados porque se les había agotado la batería durante la noche y no podían cargarla a causa de la falta de suministro eléctrico. Finalmente acordaron utilizar el teléfono de Amy, quien aseguró que podía aumentar su volumen hasta un nivel realmente molesto.

El siguiente paso era elegir la música. Debía generar un gran estruendo así que no servía cualquier cosa. Mark propuso utilizar los temas del grupo en que él mismo tocaba la guitarra eléctrica ya que eran famosos en la ciudad por su estilo *heavy* y envió los archivos de audio a través de *bluetooth* al *smartphone* de Amy porque seguían sin tener conexión a Internet.

Fabricaron una cuerda con los cordones de las zapatillas de Mark y Amy y los de los zapatos de Ed y ataron el móvil perfectamente envuelto en un jersey protector. Ya estaban listos para iniciar la maniobra. Por supuesto el lanzador sería George. ¿Quién si no?

Salieron de la sala de estudio. Nada más abrir la puerta percibieron el olor nauseabundo. Eso era algo con lo que no habían contado. Las criaturas se descomponían por momentos y el hedor era casi insoportable.

En aquel momento sólo había tres zombis en la pasarela, deambulando sin rumbo en el otro extremo sin percatarse de la presencia del grupo. De hecho, uno de ellos se golpeaba repetidamente contra la barandilla pareciendo insistir en avanzar hacia delante a pesar del obstáculo.

La maniobra debía ser rápida. Pulsar la tecla de *play* e inmediatamente lanzar el dispositivo. El armario no estaba lejos, a unos cinco o seis metros de distancia.

Comenzó la operación.

George pulsó la tecla, se asomó a la barandilla de la pasarela e inmediatamente lanzó el teléfono en dirección a la superficie superior del armario, pero no calculó bien su fuerza y el dispositivo cayó al suelo antes de alcanzar el armario. Rápidamente, el chico tiró del cordel para recogerlo, antes de que los zombis que allí había, ya atraídos por el sonido, lo alcanzasen. Lo lanzó por segunda vez y en esta ocasión sí alcanzó su objetivo.

El grupo dio saltos de alegría y felicitaron a su excelente lanzador. Ahora sólo restaba esperar a que los zombis se dirigiesen a ese punto y entonces podrían llegar hasta el garaje y salir del edificio.

Desafortunadamente, el resultado no fue el esperado. Los zombis más cercanos sí comenzaron a dirigirse hacia la conserjería, pero el volumen no era lo suficientemente alto como para alcanzar a las criaturas que se encontraban en las escaleras y ni mucho menos a las que deambulaban por los pisos superiores.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Amy, muy nerviosa.

—Necesitamos un amplificador —concluyó Ed.

—Tengo un altavoz en el primer cajón de mi mesa —dijo Rachel.

—¿Y cómo vamos a cogerlo? —se impacientó George—. Tu mesa está en la conserjería y la conserjería está cada vez más llena de zombis.

El problema no tenía fácil solución. Amy sugirió poner más música con otros móviles, pero al resto no le pareció buena idea, no sería suficiente.

—Yo lo haré —afirmó Mark.

—¿El qué? —preguntó Tom, temeroso de la respuesta que se estaba imaginando.

—Yo bajaré a la conserjería y cogeré el altavoz.

—Tío, ¿se te va la olla? —dijo George.

—¡Ni de broma! —sentenció Ed.

—¿Estás loco? —preguntó Amy.

—¿Acaso tenemos alternativa? —dijo Mark—. No podemos quedarnos aquí para siempre.

—Escucha, Mark —intervino Tom—. Es demasiado arriesgado. Tenemos que pensar en otra forma de...

Pero Tom no pudo acabar la frase. Mark era un chico decidido y, claro estaba, muy valiente. De repente, sin pedir permiso a nadie, saltó la barandilla y fue a caer sobre el armario desarmado que se había caído cuando Ed y Rachel escalaron hasta la pasarela el día anterior. El fondo del mueble, una pieza de madera maciza de dos por cuatro metros, había quedado inclinado tipo tobogán de modo que el chaval comenzó a desplazarse por él con cuidado. Los zombis estaban pendientes del móvil musical, por tanto de espaldas a él. Si avanzaba con sumo cuidado, tal vez no se diesen la vuelta. La mesa de Raquel estaba justo al lado del armario caído. Si Mark conseguía llegar hasta el final de ese tobogán improvisado, no le costaría abrir el cajón y cogerlo con rapidez.

Avanzó con tranquilidad, velando por no dar un paso en falso. Le costaba mucho porque le resbalaban las zapatillas ya que no tenían cordones, los había cedido para fabricar el cordel que ataba el móvil musical. Sus compañeros, asomados a la barandilla, cruzaban los dedos. Llegó hasta el final y, sin perder de vista a los zombis en ningún momento, abrió el primer cajón guiándose únicamente por su sentido del tacto y con cierta rapidez encontró el altavoz. Comenzó a subir por el tobogán pero, cuando prácticamente había llegado a lo más alto, resbaló e, inevitablemente y con estrépito, descendió hasta la parte baja.

Varios zombis advirtieron la presencia del chico y se dieron la vuelta. Entonces, con una frialdad y una agilidad de la que nunca se hubiese creído capaz, Mark se giró dando la espalda a los enemigos y con todas sus fuerzas lanzó el altavoz a sus compañeros en el piso de arriba, donde George lo recogió con gran destreza al mismo tiempo que Ed le tiraba la muleta. A continuación, una vez que hubo cogido el arma, de nuevo se giró y con la fuerza que sólo la desesperación puede conceder, asestó dos tremendos golpes a aquellos intrusos, primero al de su derecha y seguidamente, aprovechando el impulso, al de su izquierda. La maniobra llamó la atención de otros zombis, pero cuando trataron de acercarse a Mark, por suerte, tropezaron con los dos primeros, inmóviles en el suelo, que le sirvieron de eficaz escudo ante la torpeza de las criaturas. Entonces el chico pudo escalar por el armario-tobogán hasta llegar a la parte más alta, de ahí se aupó a la parte superior del tabique de cristal y aluminio del cubo que era la conserjería, se puso de pie en él con gran agilidad y desde ahí pudo ser alcanzado por Ed y por Tom que le ayudaron a subir a la pasarela.

La maniobra completa, desde el resbalón, apenas duró treinta segundos, pero fue medio minuto en que la destreza y valentía de Mark, acompañada de un excelente trabajo en equipo, sirvieron para salvarle la vida a él y, quizá, al resto del grupo porque, al fin y al cabo, tenían el altavoz.

Enseguida George tiró del cordel para recoger de nuevo el móvil musical. Tuvo que dar un tirón seco para lograr que el aparato saliese disparado hacia él ya que, de otro modo, tirando con suavidad, lo único que hubiese conseguido sería tirarlo del armario sobre los zombis y que éstos hubiesen acabado con él. Cuando lo recogió, conectó el altavoz y de nuevo lanzó ambos objetos, envueltos en sendos jerséis, esta vez acertando a la primera.

¡Lo habían conseguido! La música sonaba por todo el edificio y decenas de zombis se dirigían hacia ella. Pero el grupo de supervivientes no contaba con un pequeño gran detalle...

El sonido procedía de la conserjería, un cubículo de techo abierto y, por tanto, del que el sonido salía en todas direcciones. De modo que, si bien muchos zombis comenzaron rápidamente a dirigirse al hall principal del edificio, los tres que se encontraban en la pasarela y algunos más que deambulaban por las escaleras, localizaron el sonido en la propia pasarela y se dirigieron directamente hacia donde estaba el grupo. Aterrados, se encerraron de nuevo en la sala de estudio.



Cuando los seis se vieron otra vez presos en aquella sala, comenzaron a ponerse realmente nerviosos. ¡El plan parecía perfecto! Pero estaba claro que no sería tan fácil. Habían subestimado al enemigo.

—Está bien, chicos, no os pongáis nerviosos —trató de tranquilizarlos Tom—. ¡Fijaos! En la pasarela no hay más de seis o siete zombis que además están echados sobre la barandilla. No nos están prestando ninguna atención a nosotros. Si avanzamos con sigilo, podemos pasar por detrás de ellos y llegar a las escaleras.

—Es demasiado riesgo, Tom. La pasarela es muy estrecha —advirtió Ed—. Si se dan cuenta de que estamos ahí, podrían atacarnos.

—Entonces tendremos que pelear —concluyó Tom, tajantemente.

—Nosotros no estamos preparados —protestó Ed.

Tom, en cambio, no pensaba lo mismo. Todos acababan de ser testigos de la actuación de Mark. Toda una hazaña. El chico, sin entrenamiento previo de ningún tipo, se había desenvuelto muy bien en semejante situación, inimaginable. La situación de alto riesgo en que se encontraban y el ver la vida peligrar, les dotaba de unas habilidades que no creían poseer.

—Sí lo estamos —intervino George con su mochila llena de ruedas en la mano. Sus compañeros, valientes, le acompañaron. Mark había cogido una de las muletas de Tom y Amy sostenía una pata metálica de una mesa mientras ofrecía a Rachel y a Ed otras exactamente iguales, con total seguridad de la misma mesa. Estaba claro que los alumnos no habían perdido el tiempo durante la noche de insomnio. Se habían ocupado de armar bien al equipo y Tom se sentía muy orgulloso de ellos.

Ed cogió aquella pata de mesa sin rechistar, pero Rachel se mostró reacia.

—No voy a matar a nadie si es eso en lo que estáis pensando —declaró la mujer, muy nerviosa.

Los demás no sabían qué decirle o cómo reaccionar. Tras casi veinticuatro horas sumidos en aquel infierno, la gravedad de la situación se había

puesto de manifiesto sobradamente y ya habían asumido que tendrían que pelear por sus vidas. Todavía no entendían qué demonios era lo que estaba pasando, por mucho que Mark insistiese en que se trataba de un ataque zombi y así hubiesen comenzado a referirse a ellos, pero sí comprendían que encontraban en un serio aprieto y que si querían salvar la vida no les quedaría más remedio que luchar, a muerte si era necesario.

Rachel se sentó en una silla. Estaba muy nerviosa. Temblaba y prácticamente le saltaban las lágrimas.

—Rachel, no tenemos alternativa —le dijo Ed.

—¡Por favor! ¡Ese chico ha matado a Jonathan! —gritó la mujer señalando a Mark.

Mark se acercó a ella.

—Escucha, Rachel —trató de calmarla el chico—. Ese no era Jonathan. Esos seres no son personas. Ya no lo son —ella lo escuchaba—. Lo fueron, pero ya no lo son. Han muerto y desgraciadamente se han convertido en esos monstruos —hizo una breve pausa—. Son ellos o nosotros. Ellos nos atacarán cuando pasemos por su lado porque esa es su misión, es su naturaleza, es lo que tienen que hacer. No es voluntad sino instinto —Rachel lo miraba a los ojos con expresión desesperada—. No se trata de atacar sino de defenderse. Tienes que defenderte, Rachel. Considéralo como una legítima defensa si quieres.

—Además, ellos ni se enteran porque ya están muertos —añadió George.

—No sabemos si están muertos —protestó Rachel—. Yo los veo muy vivos.

—Rachel —intervino Tom. Se arrodilló a su lado y le cogió las manos entre las suyas—. Lo que no podemos hacer es negar la evidencia. Es cierto que no sabemos qué demonios está pasando, pero lo hemos visto con nuestros propios ojos. Los hemos visto morir y, a continuación, resucitar transformados en esos seres —la mujer lo observaba con atención. Siempre había confiado en Tom. Tenían una muy buena relación de compañerismo—. Es horrible, lo sé, pero es lo que hay.

—Tienes que defenderte —insistió Amy—. A todos nos cuesta mucho porque, además, no somos capaces de olvidar que no son unos monstruos cualquiera. Esos que están ahí fuera son nuestros amigos y nuestros compañeros y, en no pocas ocasiones, incluso podemos reconocerlos a pesar del estado físico lamentable en que se encuentran —por un momento, a la chica le saltaron las lágrimas, pero trató de aguantar y transmitir esa fortaleza a la asustada Rachel—. Pero desgraciadamente ya no podemos hacer nada por ellos.

—No podemos hacer nada por ellos, pero sí por nosotros, Rachel —dijo Ed.

—Si te atacan, defiéndete —continuó Amy—. A la mínima que te sientas amenazada, evita la agresión como sea. No permitas que te muerdan.

Finalmente, Rachel acabó por entenderlo y cogió la pata de la mesa aunque con desgana. Tom supo que el desplazamiento por el edificio con ella no sería nada fácil. Estaba claro que la mujer estaba muy asustada. En realidad, todos tenían miedo, pero a ella se la veía bloqueada y así, más que una ayuda, sería una carga, por muy duro que sonase. Entre todos deberían protegerla porque probablemente ella no reaccionase adecuadamente ante un posible ataque. Mientras Rachel no aceptase la realidad de la situación, tenían un problema añadido, tenían que protegerla.

*Facultad de Derecho, 24 de octubre de 2020, 09:27 h*

Armados hasta los dientes, o al menos armados como buenamente pudieron, salieron de nuevo a la pasarela. Tom y Mark iban en cabeza, cada uno con una muleta, seguidos de George con la mochila de ruedas. Rachel, Amy y Ed cerraban la comitiva con las patas de la mesa. La formación estaba perfectamente estudiada, habían dedicado un buen rato a calibrarla, examinando con detenimiento los pros y los contras de los diferentes miembros del equipo en cada posición en función de las habilidades de cada uno y el arma que portaban.

Pasaron por detrás de los zombis que se asomaban a la barandilla sobre la conserjería, casi les rozaron pero por fortuna no percibieron su presencia. Siguieron avanzando hacia el final, donde se encontraban las escaleras y cuando llegaron, comprobaron que el descansillo que confluía con la pasarela estaba

despejado y, aparentemente, también el tramo de bajada. Así que comenzaron a descender sin hacer movimientos demasiado bruscos. Desde allí oían perfectamente la música en la conserjería, pero mejor no llamar la atención demasiado pues no podían estar seguros de que no quedase algún enemigo por allí, despistado.

Siguieron bajando y llegaron a la planta baja, la zona de mayor riesgo. Por suerte, la estrategia de la música había sido eficaz pues apenas había zombis en las inmediaciones de la escalera así que cruzaron esos escasos cinco metros de exposición al peligro de la planta baja y continuaron descendiendo hacia la planta -1, donde estaba situado el garaje.

De pronto, ¡la mala fortuna! Demasiada suerte estaban teniendo. En el último tramo antes de llegar al sótano 1 se toparon con una decena de zombis apelotonados al inicio de la escalera. No eran capaces de subir los escalones pero tampoco les permitirían el paso a ellos. Y para más inri, la batería del móvil musical se había agotado. Ya no había ruido y por tanto las criaturas acabarían por moverse libremente por el edificio.

Rachel, realmente aterrada, soltó la pata metálica que portaba y echó a correr escaleras arriba gritando a pleno pulmón.

—¡No! —gritó Tom—. ¡No hagas eso ¡ ¡No grites!

Los otros cinco echaron a correr detrás de ella y cuando llegaron a la planta baja comprobaron que lo inevitable, había ocurrido. La mujer había llamado la atención de los zombis que por allí deambulaban y éstos habían acabado por atraparla.

Ya no podían hacer nada por ella. El grupo siguió subiendo. No podían bajar y tampoco podían quedarse en la planta baja. Sólo podían seguir subiendo y cruzar los dedos para que no encontrarse por el camino con más atacantes. Amy emitió un grito ahogado y George la agarró de la cintura y la obligó a subir las escaleras.

El acceso a la pasarela ya no era posible. Varios zombis lo impedían. Así que siguieron subiendo a la primera planta creyendo que el hall distribuidor estaría libre. Pero se equivocaron. Cuando se dieron cuenta, estaban rodeados por decenas de zombis. Rápidamente se colocaron en círculo, cada uno con su arma, cubriéndose las espaldas los unos a los otros, justo delante de los

ascensores.

¡La lucha comenzó! ¡No había marcha atrás!

Tom era quien mejor manejaba su arma de todo el grupo. Levantaba la muleta en el aire como si de una pluma se tratara y realizaba movimientos variados y eficaces con grandísima destreza. Sus compañeros eran más torpes, pero dieron de sí todo lo que pudieron. Era la hora de la verdad. No había lugar para el error.

Golpearon sin piedad a cualquier atacante que se les pusiese por delante. Los mortíferos sonidos que las criaturas emitían se volvían más intensos cuando atacaban. Enseguida comprobaron que si les daban en la cabeza, podían acabar definitivamente con ellos. Si no les era posible, podían atacar a las piernas. El objetivo era que aquellos seres acabasen en el suelo. Tenían que bloquear sus movimientos como fuese. Evitar el mordisco mortal.

Tom se desplazaba con agilidad. Giraba y giraba sobre sí mismo. Giros ciento ochenta e incluso de trescientos sesenta grados, con los que cogía un impulso increíble y que parecían hacerlo invencible. Junto a él, Mark golpeaba con todas sus fuerzas a todo aquel que osase acercársele. Ed y Amy trabajaban juntos, dando y rematando. Y George, con excelente puntería, se dedicaba al lanzamiento de ruedas de sillas golpeando con pericia en la cabeza de los zombis más alejados del grupo, con lo que impedía que pudieran acercarse a ellos. Nunca habían entrenado juntos y sin embargo el equipo parecía funcionar de manera perfecta.

El asalto fue duro y cruel, pero aquellos dos profesores y sus tres alumnos estaban dispuestos a salvar sus vidas a toda costa. Fueron apenas tres minutos pero de una intensidad abrumadora.

Uno de los ascensores estaba abierto y en cuanto la afluencia de zombis disminuyó, Ed agarró a Amy de un brazo y la arrastró al interior de la cabina, empujando a su vez a George que tuvo tiempo de zarandear a Mark, quien por los pelos pudo acabar con un último zombi antes de seguir a sus compañeros al interior del ascensor.

—Pero ¡¿qué hacéis?! —gritó Tom, desesperado—. ¡A los ascensores no! ¡A los ascensores no!

El joven profesor corrió hacia la puerta del ascensor para tratar de hacer salir a los otros pero Ed y George le agarraron con fuerza y lo metieron dentro al mismo tiempo que Amy pulsaba el botón que indicaba el piso -1. La puerta de la cabina se cerró antes de que ningún zombi pudiera alcanzarlos.

—¿Estáis locos?! —gritó Tom—. ¿Cómo se os ocurre meternos en un ascensor?! ¡No sabemos lo que nos vamos a encontrar cuando se abra la puerta y aquí no tenemos escapatoria!

Lo cierto era que ninguno de los otros cuatro había pensado en esa posibilidad, en ese riesgo. Se miraron los unos a los otros sintiéndose realmente tontos y, a la vez, asustados por lo que pudiera ocurrir. Se creían a salvo y tal vez hubiesen cometido el peor de los errores, un error fatal.

A pesar de que habían marcado el -1, el ascensor comenzó a subir. Estaban todos nerviosísimos. Observaron que el monitor luminoso indicaba la segunda planta y, seguidamente, la tercera y la cuarta. Allí fue donde paró y la puerta se abrió.

*Facultad de Derecho, 24 de octubre de 2020, 10:01 h*

En una primera reacción de lo más primario e instintivo, todos gritaron cuando vieron la figura que les esperaba cuando la puerta del ascensor se abrió. Pero enseguida se dieron cuenta de que se trataba de una persona viva. Era la Profesora Jane Jennings, una docente de mediana edad altísima y a cargo de la asignatura de Obligaciones y Contratos, compañera del despacho de al lado de Tom.

—¡Jane! —exclamó Tom—. ¡Estás viva!

—Por poco, Tom. Por muy poco —afirmó ella—. Rápido, a mi despacho. Este pasillo está prácticamente despejado.

Corrieron todos detrás de la profesora. Había despachos de profesores a ambos lados del pasillo. Amy se detuvo cuando pasaron por delante de la fotocopiadora.

—Amy, ¿qué haces? No te pares —le gritó George.

—Un momento —pidió ella.

Una de aquellas criaturas se había quedado atrapada en la fotocopidora. Para ser exactos, el sujeto estaba inclinado sobre la placa y al parecer la tapa se le había caído encima impidiéndole el movimiento. Ya sabían que eran muy torpes. Además, el zombi, que luchaba por su liberación, apoyaba su brazo derecho sobre el botón de copia de modo que en aquel momento la bandeja de recogida ya contaba con varios cientos de fotocopias del rostro del intruso.

Amy cogió una de las fotocopias y se unió de nuevo al grupo.

—¿Qué hacías? —le preguntó George—. ¿Por qué arriesgas así tu vida?

—Esto es un documento histórico, George —respondió ella.

Entraron todos en el despacho de la Profesora Jennings. Era una estancia rectangular bastante pequeña para seis personas, pero no dudaron en encerrarse allí. La cerradura de la puerta estaba rota así que la atrancaron como pudieron con una estantería.

—¿Tienes idea de lo que está pasando, Jane? —preguntó Tom.

—Ni la más remota, Tom —respondió ella—. Lo único que puedo decirte es que cuando todo empezó yo estaba aquí, preparando mi próxima clase cuando, de repente, comencé a oír gritos en el pasillo. Salí y... —la mujer se llevó la mano a la cara. La voz se le entrecortaba—. Salí y vi a Bart tirado en el suelo. Marcus estaba echado sobre él. Se lo estaba... ¿comiendo?

Todos guardaron silencio. Amy sacó la fotocopia del bolsillo y la observó con atención. Se la enseñó a George sin articular palabra. El zombi de la imagen era Bartholomew Langston. Compartía asignatura con la Profesora Jennings y estos chicos lo conocían perfectamente porque habían sido sus alumnos no hacía mucho.

—Entonces se marchó y lo dejó allí tirado. Muerto —hizo una pausa en su relato. Nadie la apremió—. Y al cabo de unos minutos, no más de dos o tres... se levantó.

La mujer comenzó a llorar.

—Jane, creemos se ha expandido algún tipo de virus que de alguna manera resucita a los muertos transformados en estos seres —explicó Tom—. No sabemos como se contagia exactamente, pero todo apunta a que es a través de la sangre.

—Son zombis —afirmó Mark.

George se acercó a su compañero.

—Mark, no es momento —le dijo.

—Tiene que saber la verdad —insistió el chico—. Profesora Jennings, estamos convencidos de que se trata de un ataque zombi.

La profesora lo miró a los ojos. Conocía muy bien al chico. Había sido alumno suyo el año anterior.

—Mark, los zombis son seres fantásticos —le dijo.

—Ya lo sé, Profesora. Pero no me niegue que lo que está ocurriendo aquí no encaja a la perfección en ese contexto.

La profesora no contestó, pero se veía en su cara que estaba reflexionando sobre el tema.

—Jane, no sabemos si zombi será la palabra más adecuada, pero es verdad que lo que está sucediendo encaja con la descripción de ese tipo de historias fantásticas así que, escojamos la denominación que escojamos, lo cierto es que actuar como si nos encontrásemos ante un ataque zombi nos puede salvar la vida —le explicó Ed. Tom asintió con la cabeza en señal de apoyo a su compañero y lo mismo hicieron los tres alumnos.

—Estamos intentando salir del edificio —le contó Tom—. Hemos visto por las ventanas que han creado un cordón de seguridad alrededor del edificio y nos hemos enterado de que han establecido un minucioso control sanitario para quienes logren huir. No dejarán salir a cualquiera, pero tampoco van a entrar a buscarnos así que tenemos que salir por nosotros mismos.



—La salida principal es del todo inaccesible —continuó Ed—. El hall principal está atestado de zombis. Hemos intentado escapar por el garaje pero el ascensor nos ha traído hasta esta planta.

—Yo lo he llamado —aclaró la Profesora—. Os oí gritar por el hueco de la escalera y luego oí el mecanismo del ascensor. Dudo mucho que estos monstruos sean capaces de manejar un ascensor así que deduje que serían vivos los que irían en él y lo llamé porque esta planta, de momento, es segura.

—Profesora Jennings, ¿qué ha pasado con los profesores que estaban en este piso cuando comenzó el ataque? —preguntó Amy.

—No estábamos todos en nuestros despachos. Algunos estaban en clase o en la cafetería. Bart probablemente estaba en el pasillo cuando fue atacado, quizá haciendo fotocopias —hizo una breve pausa llevándose las manos a la cabeza—. Cuando comenzó la barbarie algunos salieron corriendo escaleras abajo. Supongo que es posible que los hayan cogido en los pisos inferiores, aunque espero sinceramente que alguno haya podido escapar. Otros nos encerramos en los despachos. Seguramente algunos trataron de escapar cuando la cosa se calmó en esta planta. No sé qué habrá sido de ellos.

»Esta mañana he hecho una inspección en toda el piso. La mayoría de los despachos están vacíos. Al fondo del pasillo hay tres monstruos que he encerrado en un despacho. Posiblemente estaban reunidos cuando fueron atacados. También hay varios despachos cerrados con llave. Supongo que sus ocupantes no estarían aquí cuando empezó todo. He llamado a la puerta, pero no me han abierto. Hasta donde yo sé, he sido la única que ha permanecido viva en esta planta.

Todos la escuchaban con atención. Cada versión nueva de los hechos era más escalofriante. Los alumnos creían que lo vivido en la planta de aulas era horrible, pero cuando escucharon los relatos del Profesor Hudson y de la Profesora Jennings, agradecían haber permanecido en clase aquella mañana y no en la cafetería o perdiendo el tiempo por el edificio adelante.

—¿Ha qué hora comenzó el ataque en esta planta? —le preguntó Tom.

—Serías las diez y media de la mañana de ayer, más o menos —respondió ella.

Las piezas del puzle iban encajando. El Profesor Wilson, tenía su despacho en ese piso. Probablemente fue contagiado antes de llegar a su clase en el aula A.3 y allí se desencadenó el desastre.

—No has intentado salir del edificio, Jane —preguntó Ed.

—Lo intenté por las escaleras de incendios, pero las puertas están cerradas y cuando intenté forzarlas, hice demasiado ruido y atraje a varios monstruos. Por la ventana desde un cuarto piso no puedo bajar. No me quedó más remedio que desistir —agachó la cabeza.

—Tranquila, Jane. Ya no estás sola —le dijo Tom mientras se acercaba a ella y la abrazaba, cosa que ella agradeció enormemente después de haber pasado completamente sola en aquel infierno más de veinticuatro horas—. Has sido muy valiente.

Jane no había comido nada desde antes del ataque así que decidieron reponer fuerzas. En la mochila de Ed todavía quedaban víveres y agua embotellada. Tenían algunas botellas vacías, pero no se habían atrevido a rellenarlas por si el agua corriente estaba contaminada. No sabían cómo se transmitía exactamente el virus. Suponiendo que se tratase de un virus, claro está.

Cuando terminaron de comer, decidieron descansar un rato en el despacho de Jane antes de volver a la carga. Estaban exhaustos. La mañana había sido agotadora.

*Facultad de Derecho, 24 de octubre de 2020, 12:15 h*

Estaban los seis sentados en el suelo del despacho de la Profesora Jennings, apoyados en las paredes laterales, tres frente a tres. De este modo se encontraban cómodos. Además, George había quitado las ruedas a la única silla que había y apenas se sostenía. Necesitaba munición. La pared del fondo tenía una pequeña ventana.

Estando todos en silencio, de repente, oyeron de nuevo aquellos sonidos mortíferos. Al menos dos zombis, quizá tres, se acercaban poco a poco a

la puerta del despacho. Permanecieron en absoluto silencio. Las criaturas comenzaron a golpear repetidamente contra la madera de la puerta cerrada. Eran muy torpes, eso era algo que ya habían comprobado, seguramente estaban intentando entrar en la estancia pero lo único que hacían era darse golpes contra el obstáculo de madera maciza. Afortunadamente no habían aprendido a abrir puertas.

Permanecieron todos muy callados mientras los zombis seguían golpeando la puerta. Tendrían que esperar a que desistiesen en su intento y decidiesen tomar otro camino.

La espera o fue nada agradable, escuchando aquellos horribles sonidos, inquietantes, aterradores. Pero no fue muy larga, en aproximadamente quince o veinte minutos, los zombis dejaron de golpear la puerta y escucharon como aquellos aterradores seres se alejaban por el pasillo.

—Tal vez este sea el momento idóneo para salir —propuso Tom—. No debe haber muchos por el pasillo. Nosotros somos seis y vamos armados. Podemos con ellos.

—¿Qué sugieres? —le preguntó Ed—. Ya pudimos comprobar que tenías toda la razón del mundo en cuanto al uso del ascensor. Suerte que fue Jane quien lo llamó. Si llega a abrirse y nos encontramos de narices con una cantidad de zombis similar a la que tuvimos que aplacar en la primera planta, no sé que hubiese sido de nosotros.

—No hubiésemos tenido escapatoria —concluyó George.

—Además, seis en un ascensor íbamos muy apretados. Ni siquiera hubiésemos tenido espacio físico suficiente para iniciar una buena defensa —reflexionó Amy.

—Cinco —la corrigió Mark.

Cinco. Por un momento Amy había olvidado lo de Rachel, algo de lo que no se sentía nada orgullosa, claro está.

Realmente habían tenido mucha suerte. Seguramente Jane les había salvado la vida. Si la puerta del ascensor se hubiese abierto en la planta baja, probablemente no se hubiese salvado ninguno.

Necesitaban un nuevo plan. Querían bajar al piso -1, al garaje, pero no podían hacerlo en ascensor y por las escaleras era sumamente arriesgado pues suponía descender cinco plantas sin saber qué podrían encontrarse por el camino.

Esta vez a nadie se le ocurría nada. Se sentían en un callejón sin salida.

—Si lo pensamos bien, los ascensores se abren en una planta cuando alguien los llama —reflexionó George—. Nosotros pulsamos el botón del piso -1 pero nos llevó al cuarto porque la Profesora Jennings lo había llamado antes de que nosotros pulsásemos el botón. Dudo mucho que estas criaturas puedan llamar al ascensor. ¿No habéis visto los torpes que son? De modo que si por casualidad acabásemos en alguna otra planta, será porque alguien vivo nos ha llevado hasta allí y es lógico pensar que la persona que lo llame, lo hará desde una planta despejada. Por tanto, bajar al garaje por esta vía no es tan peligroso como inicialmente hemos considerado.

Los demás escuchaban el razonamiento del chico con total atención.

—¡Bravo, Georgie! —aplaudió Mark.

A todos les pareció de lo más lógico el razonamiento de George. Visto desde ese prisma tenían una oportunidad. Eso era lo más importante. ¡Tenían una oportunidad!

Salieron del despacho organizados como solían hacer: Tom y Mark en cabeza portando las muletas, seguidos de George y su mochila de ruedas y, cerrando la comitiva, Ed y Amy con sus patas de mesa y acompañados esta vez por Jane, a quien armaron con un paraguas ya que en su despacho no había nada más que realmente pudiese servirle para defenderse.

El pasillo de la cuarta planta estaba despejado, salvo por Bart que continuaba atrapado en la fotocopiadora. Había saltado el aviso de atasco de papel.

Llamaron uno de los ascensores y cuando llegó subieron guardando la formación: Amy y Ed al fondo, George y Jane en el medio y Tom y Mark pegados a la puerta. Pulsaron el botón del sótano 1, se cerraron las puertas y la cabina comenzó a descender. El monitor luminoso indicó la tercera planta, la segunda, la primera, la planta baja y... ¡Se detuvo!

El grupo empezó a ponerse muy muy nervioso. No habían contado con la posibilidad de que algún zombi pudiese pulsar involuntariamente el botón de llamada igual que el Profesor Langston apoyaba su brazo sobre la tecla de copia, se trataba de una placa táctil sumamente sensible.

El ascensor siempre se detenía unos segundos al llegar a su destino antes de abrir la puerta. ¡Pero su destino era la planta -1, no la planta baja!

¡La puerta se abrió!

—¡MIERDA! —gritó Mark.

La planta baja, como muy bien sabían, estaba atestada de zombis y, los que se encontraban más próximos al ascensor, enseguida se percataron de la presencia de los recién llegados atraídos por la señal sonora del sistema al alcanzar su destino. Emitiendo esos sonidos demoníacos, comenzaron a aproximarse.

En un movimiento instintivo, Tom estiró los brazos y se agarró a un saliente de la parte superior de la puerta de la cabina y, cogiendo impulso, levantó las dos piernas en el aire y, plegándolas y volviéndolas a extender con gran velocidad, golpeó con fuerza a los primeros zombis que se acercaron. Estaban demasiado cerca y él se encontraba en un espacio demasiado reducido para utilizar la muleta. Enseguida, Ed y George lo cogieron por los hombros y él pudo mantener a los seres alejados mientras el ascensor reiniciaba la orden de ruta hacia la planta -1. Tenía mucho miedo de que le mordiesen una pierna, pero no había alternativa.

Por fin la puerta comenzó a cerrarse. Tom asestó una fuerte patada en la cara a cada uno de los dos zombis más cercanos a él, empujándolos hacia atrás. Estaban tan debilitados que cayeron al suelo empujando a los que tenían detrás, como si de fichas de dominó se tratase. Retiró las piernas de la salida del ascensor para que los sensores no las detectasen como un obstáculo y la puerta pudiese cerrarse. Y así fue.

Aliviados, comprobaron que la cabina llegaba al sótano 1 pero... ¡no se detuvo! Siguió descendiendo y el monitor luminoso indicó la planta -2. ¿Cómo era posible si sólo había un sótano en el edificio? De hecho, tampoco el cuadro tenía un botón -2. ¿Qué estaba ocurriendo?

La puerta se abrió.

## Capítulo 3

### Estado de necesidad

*Facultad de Derecho, 24 de octubre de 2020, 12:46 h*

—¿Dónde estamos? —preguntó Mark, extrañado.

Todos observaban el exterior del ascensor con cierta inquietud.

—Parece un laboratorio —dijo Tom, no muy convencido.

—¿Qué hace un laboratorio en una planta supuestamente inexistente de una Facultad de Derecho? —preguntó George sin retirar la vista de aquella sala.

Salieron del ascensor. Tom recordó lo que Ed le había contado en relación con el zombi que vestía bata blanca. Cruzó la mirada con su compañero y, por su expresión, éste estaba pensando lo mismo. Desde luego, fuese lo que fuese lo que allí estaba pasando, al final las piezas del puzle siempre acaban encajando.

—¿Pero qué mierda es esta? —preguntó Ed, estupefacto.

Se encontraban en una enorme y luminosa sala. De hecho, la intensidad de la luz blanca resultaba un tanto molesta. Mark avanzó por la estancia seguido de sus compañeros, entre filas de mesas que soportaban en su superficie instrumentos de lo más variopinto para la realización de a saber qué tipo de experimentos. Tubos de ensayo, probetas, pipetas, embudos, frascos que contenían diferentes sustancias y reactivos, muestras de quién sabe qué, etc. Por no hablar de la gran cantidad de aparataje cuyo uso el grupo de juristas no podía ni imaginar.

Ninguno de ellos era capaz de comprender qué hacía un laboratorio como aquel en el sótano de su Facultad, una Facultad de Derecho en donde las

recopilaciones legislativas y los compendios de jurisprudencia aparecían en cada esquina, pero totalmente ajena a experimentos científicos de la clase de los que podían realizarse en aquel lugar. Desde luego aquello tenía una pinta de operar en la clandestinidad.

Siguieron explorado el laboratorio, sin atreverse a tocar nada hasta que llegaron al fondo. Lo que allí encontraron los desconcertó aún más si es que era eso posible. ¡Una mesa de autopsias! Sí, eso era. Podían reconocerla porque la habían visto muchas veces gracias al cine. La estructura metálica con su apoya cabezas y su sistema de aspiración y desagüe resultaba inconfundible. La cuestión era qué hacía allí una mesa de autopsias.

En realidad, si lo pensaban con detenimiento, aunque la mesa era lo que más les había impactado de todo lo que allí había, ciertamente era lo que más lógica podría tener. Un instituto de medicina legal en el sótano de una Facultad de Derecho podría tener cierto sentido, al fin y al cabo. ¿Se trataría de eso? Pero, en cualquier caso, de ser así, ¿cómo era que ni Tom ni Ed sabían de su existencia? Eran personal del centro. ¡Por favor! ¡Eran amigos personales del Decano! ¡Él tenía que saberlo! ¿O tal vez no?

—Esto tiene muy mala pinta —dijo Mark—. Y está claro que tiene algo que ver con la epidemia de ahí arriba.

—Evidentemente, Mark —dijo Tom, con obviedad—. Sólo hay que atar cabos, pero desde luego la lógica nos dice que sea lo que sea que está ocurriendo, ha comenzado aquí.

—Pues os equivocáis.

Ninguno de los seis había pronunciado estas tajantes palabras. Se dieron la vuelta y vieron a un hombre de mediana edad, complexión delgada, tremendas ojeras y que vestía una bata blanca muy arrugada. Sin duda un científico. Pero no un científico cualquiera sino un científico muy muy agobiado y estresado. Si alguien tenía respuestas, tenía que ser él. Tom se acercó al individuo.

—¿Quién es usted? ¿Qué es todo esto? —preguntó, muy serio.

—Doctor Charles Anderson —le extendió la mano y Tom se la estrechó.



—Profesor Thomas Wheeler.

Todos le observaban sin quitarle la vista de encima ni un segundo. Esperaban respuestas.

—Estos son mis compañeros, el Profesor Edward Hudson y la Profesora Jane Jennings —los presentó Tom señalándoles uno por uno— y estos son tres de nuestros estudiantes de Derecho, Amy Cavendish, George Noland y Mark Stone —todos saludaron al Doctor educadamente.

—Yo he llamado el ascensor —dijo el hombre—. La orden desde el sótano 2 tiene prioridad en el sistema. Por eso habéis bajado directamente. Por favor, decidme que no sois los únicos supervivientes —preguntó el Doctor, agobiado.

—Queremos pensar que no —dijo Amy—. Pero prácticamente hemos perdido la esperanza de encontrar a alguien más con vida en el edificio.

El hombre se llevó las dos manos a la cabeza y empezó a girar sobre sí mismo, maldiciendo.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —gritaba—. ¡Malnacidos! Yo lo sabía y lo advertí. ¡Lo advertí! ¡LO ADVERTÍ!

Tom se acercó a él y le tocó en el hombro tratando de tranquilizarlo, pero el científico estaba demasiado nervioso. Estaba fuera de sí.

—Disculpe. ¿Puede explicarnos qué es lo que sabía usted?

El hombre no atendía a razones. Con la cabeza baja, seguía hablando para sí mismo. Mark se acercó a él con decisión y le agarró con rudeza por las solapas de la bata.

—¡Habla, hostia! ¡QUÉ HABLES! —le gritó y el científico comenzó a calmarse.

El individuo les hizo pasar a una sala anexa y les invitó a sentarse en unos sofás que allí había. Tom, Ed y Mark en uno y Amy, George y Jane en el otro. Les ofreció una bebida caliente y un bizcocho, algo a lo que no pudieron

decir que no. Colocó el refrigerio en una mesita centro situada entre los dos sofás y él se sentó en un sillón orejero frente a ellos.

—Se trata de un proyecto de alto secreto, pero no me queda más remedio que contaros la verdad ya que necesito vuestra ayuda.

—Nuestra ayuda ¿para qué? —preguntó Tom, extrañado.

—Para salvar al mundo.

Se quedaron todos callados.

—¡Vamos, no me jodas! —exclamó Mark.

—Salvar al mundo ¿de qué? —volvió a preguntar Tom.

—De esta epidemia. Imagino que os habéis dado cuenta de que lo hay es una epidemia.

—¿No me digas? —ironizó Mark.

—Mark, por favor, déjale hablar —le pidió Ed. Todos procuraban mantener la calma, dentro de lo posible, para poder escuchar lo que el Doctor tenía que decirles, pero a Mark le estaba costando controlarse.

—Lo siento, Profesor Hudson.

—Por favor, Doctor, explíquenos qué está pasando —insistió Tom.

—Sí, y por favor, no tenga en cuenta nuestro mal carácter en estos momentos. Lo hemos pasado muy mal y hemos perdido a muchos amigos —puntualizó Jane.

El Doctor comenzó su relato de los hechos.

—¿Habéis oído hablar de los zombis?

—¡Lo sabía! —gritó Mark, poniéndose en pie. Ed lo agarró de la manga y lo obligó a sentarse.

—¿Son zombis lo que hay ahí arriba? —preguntó Tom.

—Sí y no. No me gusta llamarlos zombis porque zombi, tal y como conocemos a este personaje en la cultura popular, es un término fantástico, pero en esencia podríamos decir que el concepto de zombi se ajusta bastante bien a lo que habéis visto ahí arriba —hizo una breve pausa—. Muy bien, de hecho —añadió bajando la mirada.

Prácticamente el grupo estaba con la boca abierta. Excepto Mark, a quien agradaba especialmente haber acertado con el diagnóstico de la situación.

—Pero los zombis son seres fantásticos inventados —dijo Amy—. Se supone que no existen.

—Sí, señorita. Lo son —respondió el Doctor—. Pero la ciencia avanza a un ritmo vertiginoso en estos tiempos y lo que ha ocurrido es que hace unos tres meses y medio, a un par de malnacidos se les ocurrió la brillante idea de inventar la fórmula para crear zombis auténticos —le escuchaban todos con la máxima atención—. Dos chavales recién titulados, enganchados a la literatura de terror, que creyeron que sería divertido dar vida a los monstruos que conocían en sus comics de críos.

El Doctor Anderson procuraba mantener la calma y expresarse con corrección, pero se encendía por momentos. En aquel instante su mente era un torbellino de emociones, desde el más puro nerviosismo y angustiosa ansiedad hasta el más humano de los cabreos.

—Unos malnacidos y a la vez unos genios porque lo consiguieron —continuó—. ¡Descubrieron la fórmula para la resurrección! Claro que totalmente pervertida pues convierte a los seres humanos en absolutos esclavos de unos instintos primarios generados artificialmente. Un virus.

¡Increíble! Aquel hombre estaba hablando de “la fórmula para la resurrección”. Tom no podría dar crédito a lo que estaba oyendo de no ser por la experiencia que había vivido en los pisos superiores desde hacía día y medio. En circunstancias normales no hubiese permanecido allí sentado escuchando lo que habría considerado una sarta de mentiras y sandeces. Observó a sus compañeros y en sus caras percibió el mismo asombro que él sentía. Estaban todos estupefactos, perplejos, por no decir sobrecogidos.

—¿Qué papel juega usted en todo esto? —preguntó George.

—Cuando esos individuos consiguieron su objetivo, se asustaron mucho, como era de esperar, y pidieron ayuda. Acudieron a nosotros, a mi equipo, el equipo de investigación científica del Departamento de Epidemiología de esta Universidad. Contactaron con mi equipo en una búsqueda desesperada de un antídoto que revirtiera el proceso viral.

»Cuando acudieron a nosotros habían logrado resucitar a un hombre, transformado en lo que habéis visto estos días. Se asustaron porque no eran capaces de controlarlo y lo encerraron en una habitación, sin más seguridad que un cerrojo corriente.

»El día que mis dos compañeros y yo les acompañamos a su laboratorio casero para recoger el espécimen, el sujeto atacó a sus creadores y el virus que ellos mismos habían credo acabó con sus vidas. A partir de esa experiencia supimos que el virus se contagia por la sangre y que es mortal desde el primer contacto, al menos mientras no logremos sintetizar el fármaco que bloqueé el proceso.

»Mis compañeros y yo conseguimos reducir al espécimen y encerrarlo de nuevo. No podríamos trasladarlo en nuestra furgoneta sino que necesitaríamos transporte especializado.

»La horrible sorpresa nos la llevamos cuando minutos después fuimos testigos de cómo los cuerpos sin vida de aquellos dos chicos se transformaron en aquello que ellos habían creado. Nos los llevamos a los tres y el laboratorio fue precintado.

»La investigación se declaró de alto secreto y se construyeron unas instalaciones de alta seguridad para que pudiésemos llevar a cabo nuestro trabajo con total confidencialidad. Este laboratorio es el que nos encontramos ahora mismo. Se ubicó aquí porque se consideró que nadie sospecharía que un laboratorio científico de este tipo pudiera encontrarse en una Facultad de Derecho.

»Se construyó una jaula de cristal blindado en donde metimos a los tres sujetos. De este modo permaneceríamos a salvo de ellos hasta que supiésemos como controlarlos. Los alimentamos con carne fresca.

»Nuestro objetivo era, y es, un objetivo triple. En primer lugar,

queremos encontrar una vacuna contra el virus que prevenga contagios en caso de que la epidemia se expanda, como desgraciadamente acaba de ocurrir. Hemos llegado tarde.

El Doctor bajó la cabeza y permaneció así unos segundos. Se sentía culpable por no haber encontrado un remedio a tiempo.

—Por favor, continúe —le pidió Tom.

—Nuestro segundo objetivo es sintetizar un fármaco que, administrado en los dos minutos que transcurren entre el momento de la muerte y la resurrección, impida esa transformación. Y, por último, sintetizar un segundo medicamento para revertir el proceso de transformación y permitir que el fallecimiento se produzca de forma normal. Como veis, se trata de abordar a los individuos que se encuentren en cualquiera de las tres situaciones posibles: el estado de no contagio, el de contagio y fallecimiento y el de producción de plenos efectos o transformación.

—En realidad hay cuatro situaciones, no sólo tres —apuntó Amy—. Doctor, ¿no buscan un remedio para los que han sido mordidos pero aún no han muerto? Para evitar que mueran.

—Lo lamento, señorita, pero ya no se puede hacer nada por las vidas de esas personas. El virus es mortal —le respondió el Doctor—. El proceso de contagio y muerte es muy rápido. Además, normalmente el atacante aún no se ha separado de su víctima cuando se produce la transformación y por tanto podría morder a quien se acercase para administrar el medicamento.

—Pero si encuentran la vacuna, el administrador estaría a salvo.

—Lo siento, pero no lo creo posible. Si el atacante no mata al administrador por causa del virus, podría hacerlo como consecuencia de una infección derivada del mordisco o incluso por otras causas como, por ejemplo, un fuerte golpe. Los pacientes tienen la misma fuerza que tenían cuando estaban vivos, aunque ciertamente va menguando a causa de la progresiva descomposición de su cuerpo. Un sujeto recién infectado puede ser muy fuerte, claro que eso depende de como era esa persona cuando estaba viva: un humano enclenque, deriva en un zombi enclenque.

Nadie replicó, pues desde que había comenzado el ataque habían visto

en más de una ocasión como podían llegar a atacar aquellos seres.

El Doctor continuó:

—Para conseguir estos objetivos, dividimos nuestro proyecto en tres fases. La primera, ya concluida, se centró en el estudio del proceso vírico y del comportamiento de los pacientes. En la segunda trataríamos de obtener una muestra de sangre del espécimen original, tarea nada fácil. Y la última y más complicada consistiría en trabajar para la consecución de la vacuna y de los fármacos de que os he hablado.

»Iniciamos la primera fase hace aproximadamente dos meses, pero no averiguamos gran cosa en relación con el proceso vírico. No supimos cómo se produce el contagio y transformación porque para ello tendríamos que dejar que los pacientes saliesen de la jaula y contagiasen a algún ser humano vivo, lo cual resultaba del todo inviable. Ni siquiera valoramos la posibilidad de trabajar con voluntarios pues hay cosas que ni en nombre de la ciencia se pueden permitir.

»Sin embargo, observando a los tres individuos enjaulados durante este tiempo, sí pudimos sacar alguna conclusión sobre el efecto del virus en el huésped una vez producida la transformación. Observamos que no hay rigor mortis y el proceso de putrefacción de inicia antes y es más rápido. Muy rápido, de hecho. Recién transformados tienen la misma fuerza que cuando estaban vivos, pero ésta va menguando a medida que sus músculos se debilitan y lo mismo ocurre con su vista y su oído.

»En función del estado de descomposición, los ojos de los pacientes pueden enviar más o menos señales visuales al cerebro. En este sentido, pueden llegar a ser controlables. Lo verdaderamente peligroso es su oído. No sólo se sienten atraídos por los ruidos altos, sino que son capaces de percibir infrasonidos y ultrasonidos.

»No averiguamos nada sobre su olfato y su gusto y últimamente estábamos estudiando su tacto. Seguramente os habréis fijado en que no son capaces de esquivar obstáculos con facilidad y a menudo se quedan atascados. Ello es debido a que sus receptores nerviosos no funcionan correctamente, quizá sencillamente no funcionen. No sienten ningún tipo de dolor, lo cual es una gran ventaja para ellos porque los hace implacables ya que pueden atacar sin ningún tipo de freno.

—Esa podría ser la gran ventaja para nosotros —le interrumpió Tom—. Esa deficiencia hace que su desplazamiento sea errante y poco ágil y eso nos puede ayudar a vencerlos, a defendernos con mayor facilidad.

—Pero Profesor Wheeler, nuestro objetivo es salir del edificio, no destruirlos a ellos —trató de aclarar George.

—No te equivoques, chico —interrumpió el Doctor Anderson—. Estos pacientes no tendrán piedad con vosotros así que vosotros no debéis tenerla con ellos. Si os sentís en peligro o amenazados y tenéis que actuar para protegeros, hacedlo. No os lo penséis dos veces porque aquí no hay segundas oportunidades.

—Si hay una mínima posibilidad... —dijo Amy.

—¿Es que no lo entendéis? —la interrumpió el Doctor, elevando la voz—. ¡Se trata de auténticos monstruos de ingeniería biomédica!

—¿No eran pacientes? —apuntó Mark. Tom le dio un codazo.

Todos escucharon las palabras del Doctor, asimilando lo que les estaba explicando y sus serias advertencias. El hombre retomó la explicación:

—No percibimos manifestación alguna de emociones o algún atisbo que nos hiciera considerar una posible memoria sobre su vida anterior y tampoco les vimos interactuar entre ellos.

Observó con detenimiento al grupo de supervivientes y añadió:

—Os recomiendo que, aunque pudierais llegar a reconocerlos como vuestros compañeros y amigos, no os confiéis. Son peligrosos.

Nadie replicó.

—Cometimos un gravísimo error en la segunda fase —continuó el Doctor—. Después de estudiar el comportamiento de los tres sujetos enjaulados durante meses, uno de mis compañeros, el Doctor Adam Taylor, estaba convencido de que podría acercarse a ellos sin ser agredido. Erróneamente llegó a la conclusión de que después de tanto tiempo con ellos, habían creado algún tipo de vínculo afectivo con nosotros y por tanto no nos atacarían. Lo dedujo a

partir de la relajación de la resistencia que los pacientes oponían a estar encerrados en la jaula ya que comenzaron golpeándose contra el cristal repetitivamente durante horas, e incluso días, y acabaron por permanecer tranquilos, podríamos decir que en algún momento catatónicos. Adam, erróneamente, incluso llegó a asegurar que tenían memoria de su vida anterior —el Doctor Anderson hizo una breve pausa para coger aire, esta parte de la historia tenía un alto contenido emocional y se notaba que le estaba costando mucho contarla—. Se equivocó. Como os he dicho, no percibimos ningún atisbo real que nos hiciese considerar racionalmente dicha posibilidad.

»Yo se lo dije. ¡Se lo dije! Le dije que no tienen ni memoria ni raciocinio. Pero no me hizo caso y mi otro compañero, el Doctor Philip Lewis, le apoyaba. Insistieron en abrir la jaula sin ningún tipo de protección. Nada más abrirla, los tres pacientes se abalanzaron sobre ellos.

»Yo fui capaz de reaccionar con rapidez. Nos permitieron tener en el laboratorio una pistola con tres balas para un caso de emergencia. La cogí y le pegué un tiro en la cabeza a cada uno de los tres. Tengo buena puntería. Cuando acabé con los atacantes vi que Adam estaba tirado en el suelo, inconsciente. Pero Phil, aún de pie, se asustó mucho y cometió la imprudencia de meterse en el ascensor después de haber sido mordido. A pesar de la crudeza de la situación, tuve la sangre fría de cronometrar las reacciones en Adam y así pude calcular los tiempos entre el mordisco y la muerte y entre ésta y la transformación. Imagino que el proceso sería similar con Phil. Probablemente se transformó dentro del ascensor y el resto ya lo sabéis.

De manera que ese tal Phil, el Doctor Lewis, era el zombi con bata blanca responsable de expandir la epidemia en la cafetería la mañana anterior. Tom y Ed se miraron a los ojos un instante y eso bastó para transmitirse un mensaje de comprensión. No le habían comentado nada del asunto ni a los alumnos ni a Jane.

El Doctor Anderson continuó su relato:

—Acabé con Adam en cuanto se hubo transformado y comencé a experimentar con él. Es lo más duro que he hecho en mi vida, hemos sido compañeros y amigos desde la Facultad. Pero no me ha quedado más remedio. Es mi oportunidad de dar con la solución y frenar esta epidemia peor que mortal. No puedo abandonar.



»Hasta ahora he descubierto que el virus invade las células vivas del sujeto, multiplicándose hasta que produce la muerte del huésped por fallo multiorgánico en un tiempo variable de entre treinta y sesenta segundos en función del peso del sujeto (esto es una mera hipótesis puesto que no he tenido sujeto con qué compararlo). A partir de ahí, en cuestión de ciento veinte segundos aproximadamente, es decir, dos minutos, el sujeto resucita, pero con un estado fisiológico totalmente anómalo, es lo que llamamos la transformación. El sistema inmunitario no es capaz de combatir este virus. Lo que aún no alcanzo a entender es como este virus puede sobrevivir en un huésped muerto —la cara del Doctor mostraba su total desconcierto—. Es una evidencia científica que escapa al conocimiento del momento.

—Hemos observado que la transformación se produce cada vez más rápido —apuntó Tom. Al principio eran unos minutos, pero desde esta mañana hemos observado que es casi inmediata desde que se produce el fallecimiento.

—¿En serio? —preguntó el Doctor manifestando un absoluto y entusiasta interés.

El Doctor se quedó pensativo unos minutos. Con la cabeza apoyada en su mano derecha, mantenía la mirada en un punto fijo en el suelo. Sin duda en aquel momento su mente era un torbellino de hipótesis. Parecía como si su investigación estuviese dando un giro importante y fuese consciente del enorme trabajo que le quedaba por delante y el poquísimo tiempo que tenía para encontrar una solución. Prosiguió:

—Entonces comencé a estudiar la patología. Hay cámaras ocultas por todo el edificio. Así fue como os vi huyendo hace un rato y decidí llamar al ascensor. Se instalaron por motivos de seguridad pero están resultando de grandísima utilidad para afrontar esta situación.

»Observé que únicamente se mueven por un instinto de supervivencia, aunque suene irónico. Se alimentan de carne humana y es eso lo que buscan.

—¿Dónde están Adam y los otros tres ahora mismo? —preguntó George.

—En la morgue, la sala contigua a esta —respondió el Doctor—. Hice la autopsia de Adam ayer por la mañana y después los almacené allí. Los

mantengo a -10 °C, pero no he conseguido frenar la descomposición. Eso es algo que tampoco alcanzo a entender... Todavía.

—¿Cuándo ocurrió esto? —preguntó Ed—. Me refiero al incidente de sus compañeros.

—Ayer en torno a las siete y media de la mañana.

Todo encajaba. Sobre las ocho de la mañana fue cuando Tom vio a su compañero deambulando errante por la cuarta planta. La epidemia ya se había desatado.

Mark se puso de pie y comenzó a gritar descontrolado:

—¡No me lo puedo creer! ¡Esto es el colmo!

Ed y Tom se levantaron también y trataron de tranquilizarlo.

—¡Cálmate, Mark! —le pidió Tom, pasándole su brazo por el hombro, pero el chico se liberó de él con brusquedad.

—¿Cómo voy a calmarme? ¡Estamos en esta situación porque a dos gilipollas se les ocurrió la brillante idea de ponerse a inventar zombis! ¡HAY QUE JODERSE! —el chico estaba fuera de sus casillas—. ¡Les dio por fabricar zombis como si les da por fabricar vampiros o al puto hombre lobo!

George y Amy también se pusieron en pie, pero ninguno conseguía tranquilizar al chaval y es que, bien mirado, tampoco estaban muy seguros de si querían calmarlo porque en realidad tenía razón y todos pensaban y sentían lo mismo que él.

—Doctor Anderson, ¿cree que será capaz de fabricar esos medicamentos? —preguntó Tom.

—Tengo el espécimen original, pero no tengo los cuadernos de sus descubridores, donde hicieron constar sus anotaciones y detalle de sus experimentos a medida que avanzaban en su investigación. Sin esa información el espécimen pierde la mayor parte de su valor científico. Sin esos cuadernos no puedo conocer con exactitud el proceso y por tanto no puedo revertirlo. Al menos con la rapidez que la situación requiere.

»Existe además otro problema que es conseguir el principio activo y lograr que funcione, que produzca su efecto medicinal, sobre un ser no vivo. Aunque tuviese esos cuadernos, ¿cómo podría conseguir esto?

El grupo lo miraba con atención, pero sin entender una sola palabra de lo que les estaba diciendo. Parecía que el Doctor había olvidado que se encontraba ante un grupo de juristas. No es que fueran tontos ni muchísimo menos, pero les estaba hablando en términos complejos ajenos a su conocimiento. Se dio cuenta y trató de explicarles lo que quería decir.

—Veréis. Los fármacos están formados por los principios activos y los excipientes. Lo que se conoce como principio activo es lo que le da cualidades farmacológicas permitiendo prevenir, tratar o curar. Yo podría sintetizar el principio activo para el medicamento antiviral que necesitamos. El problema no es ese. El problema es que el principio activo actúa en organismos vivos y yo tendría que conseguir que actúe sobre organismos muertos, lo cual no es nada fácil. Si diese con algún excipiente que favoreciese la absorción del principio activo por el organismo... Necesito tiempo y ayuda. Yo sólo no puedo.

—Antes ha dicho que necesita nuestra ayuda. ¿Qué podemos hacer nosotros? —preguntó Tom.

—Necesito vuestra ayuda para salir de aquí. Tengo que llevarme la muestra a un laboratorio mejor preparado que este, con los medios materiales y personales adecuados para ponerme a trabajar de forma inmediata e intensiva en la solución de este problema o la humanidad estará perdida. ¡El fin de nuestra especie! Mientras tanto, este edificio debe permanecer sellado.

—¿De qué muestra estamos hablando? —quiso saber Jane.

—Justo después del ataque, extraje sangre del espécimen original. Tengo que sacarla de aquí y llevarla a lugar seguro.

El Doctor les pidió que le acompañasen al laboratorio. Al fondo de la sala había una nevera. La abrió. Dentro guardaba un pequeño tubo de vidrio con una etiqueta adhesiva que ponía:

*Paciente: Especimen nº 1*

*Fecha: 23/10/2018*

*Hora: 07:32*

El Doctor Anderson sacó el tubo de la nevera y se lo mostró al grupo diciendo:

—Esta es la clave de la salvación de la especie humana.

*Facultad de Derecho, 24 de octubre de 2020, 17:00 h*

Aquella tarde Tom y los demás estuvieron en la morgue y el Doctor Anderson les enseñó los cadáveres de los que él llamaba pacientes, nomenclatura que a los chicos, después de los horrores que habían vivido con aquellas criaturas, les sonaba totalmente inapropiada. Ciertamente habían tenido sus dudas y sus reservas a la hora de denominarlos zombis, pero ahora que el Doctor les había explicado que, en efecto, su origen se encontraba en la actuación de dos científicos irresponsables que precisamente habían pretendido dar vida a esos personajes fantásticos, ya no les resultaba tan incómoda dicha terminología.

No era la primera vez que se acercaban a uno de aquellos seres ya que habían luchado con ellos cuerpo a cuerpo, pero sí era la primera que lo hacían con tranquilidad y sin miedo o, al menos aparentemente pues después de haber visto a aquellas criaturas en acción, no podían dejar de sentir, como mínimo, cierta inquietud. El temor a que en cualquier momento pudieran levantarse era algo inevitable.

Vistos tan de cerca y con detenimiento resultaban más desagradables aún. Aquellos rostros cada vez más desfigurados y el hedor que desprendían incluso a tan bajas temperaturas. Por supuesto no se atrevieron a tocarlos. Resultaban realmente repugnantes.

El Doctor Anderson les ofreció información científica útil a efectos de poder salvar sus vidas en un enfrentamiento con esos zombis de laboratorio, por llamarles de alguna manera. Les explicó que la única forma de acabar con ellos, era neutralizando las conexiones entre sus cerebros y el resto del cuerpo. De modo que el punto de defensa infalible se encontraba en la cabeza de las criaturas. Un buen golpe podría dejarlos fuera de juego de inmediato y ello no debía resultar demasiado complicado puesto que, dado el avance del proceso de putrefacción, la resistencia al impacto sería cada vez menor. Por otra parte, si por

lo que fuese, no era capaces de acertar en el punto exacto, entonces debían atacar a las rodillas o a los tobillos del zombi, habiéndole caer, porque de esa manera, aunque permaneciese activo, no podría atraparles.

—Pero Doctor Anderson —interrumpió Amy—, si acaba de explicarnos que está buscando los fármacos adecuados para evitar o revertir la transformación, es que hay esperanza para estas personas. Entonces, no deberíamos matarlas, ¿no cree?

—Te estás equivocando, señorita. Quizá no me has entendido bien. Los fármacos que busco pretenden esos efectos, pero si logro que funcionen, el resultado será un ser humano no vivo —le explicó el Doctor—. El fallecimiento del individuo es irreversible.

—No matarías a nadie porque ya están muertos, Amy —le aclaró Mark—. Lo están en cualquier caso.

La chica escuchaba con atención. Tenían toda la razón. Enseguida se dio cuenta de su error, pero seguía teniendo sus dudas. Volvió a dirigirse al Doctor Anderson:

—Pero del mismo modo que pretende encontrar esos medicamentos a los que se refiere, podría trabajar en algún remedio que impida la muerte de la persona que ya ha sido mordida, la persona ya infectada —protestó—. Si no ahora, tal vez en el futuro la ciencia avance y eso sea posible. Si los matamos nosotros, ya no habrá ningún tipo de esperanza para ellos.

—Señorita, te recomiendo que procures verlos como lo que son ahora y no como lo que fueron en el pasado —insistió el Doctor—, incluso aunque puedas de alguna manera (por sus ropas o por algún rasgo) reconocer al ser humano que fueron, porque si no lo haces así, tal vez no salgas vida de aquí.

—En pocas palabras, Amy. O acabas con ellos o ellos acabarán contigo —sentenció Mark—. Ellos no piensan en ti como en una persona ni mucho menos como en una compañera o amiga. Si te pillan, estás perdida. Así que si es necesario, atacas. No te lo pienses. Si para salvar tu vida o la de alguno de nosotros tienes que atacar, atacas.

—Es una necesidad, Amy. No una opción —añadió Tom.

*Facultad de Derecho, 24 de octubre de 2020, 22:00 h*

Pasaron la noche en el sótano 2. Por la mañana intentarían de nuevo salir del edificio. El laboratorio del Doctor Anderson contaba con sus propios generadores, pero el resto del edificio seguía sin suministro de corriente eléctrica así que no les pareció responsable abordar la operación de huida esa misma tarde porque quedaba muy poco tiempo de luz natural y, en cuanto oscureciese, el terreno de juego se convertiría en una ratonera mortal.

Resultó que el Doctor fue testigo de la expansión del virus a través de las cámaras de vigilancia y cuando observó que decenas de personas contagiadas pretendían salir del edificio en la primera mañana del ataque, cortó el suministro eléctrico en todo el edificio. Con ello impidió que se abriesen las puertas automáticas de la entrada principal. Desafortunadamente, algunos ya habían conseguido escapar.

Por otra parte, el Doctor no tenía explicación para la interrupción de la cobertura móvil en Internet. Iba y venía desde la mañana del ataque sin razón aparente. También él había sufrido sus consecuencias y, lamentablemente, no contaba en su laboratorio con otro medio de comunicación con el exterior.

Esta vez todos se sentían portadores de una tremenda responsabilidad ya que en sus manos estaba el futuro de la humanidad, de ellos dependía que la muestra del espécimen saliese del edificio, o no. Y ello, dicho sea de paso, en buena medida contribuía a fortalecerlos ante el horror de la situación que se les avecinaba, ayudándoles a afrontarla con mayor valentía.

El grupo durmió mejor esa segunda noche. Al fin de cuentas, en el laboratorio del Doctor Anderson se sentían seguros. El único acceso era a través del ascensor y éste sólo descendería a esa planta si era llamado desde el propio laboratorio o si se pulsaba una clave de cuatro dígitos en el panel de botones pues no contaba con una tecla propia para el sótano 2. No era posible que un zombi fuese capaz de introducir esa combinación. Además, el hombre era un buen anfitrión. Pudieron darse una ducha, cenar y dormir tranquilos, acomodándose como pudieron en los sofás, la alfombra de la sala de estar e incluso las camas de los científicos caídos. En definitiva, cargar pilas.

*Facultad de Derecho, 25 de octubre de 2020, 08:00 h*

A la mañana siguiente, todos se levantaron temprano y se prepararon concienzudamente para la batalla. Tenían que salir del edificio ¡ya! Lo intentarían por el garaje, en el sótano 1. Esta vez estaban muy cerca. ¡Lo conseguirían! ¡Irían a por todas!

Desayunaron y prepararon sus armas. Las muletas para Tom y para Mark, las patas de las mesas para Amy, Ed y Jane y George rellenoó su bolsa con más ruedas de sillas y otros objetos duros y de tamaño apropiado que encontró en el laboratorio y las demás estancias del Doctor Anderson, tales como lapiceros de acero inoxidable, tazas de cerámica, la alcachofa de la ducha, instrumental científico metálico, etc. El Doctor llevaría su cuaderno en el bolsillo interior de la chaqueta y el tubo con la muestra de sangre en el bolsillo izquierdo del pantalón.

Decidieron que el científico no debía luchar, sino que únicamente debía preocuparse por proteger la muestra del espécimen y sus cuadernos. Sería misión de los demás sacarlo del edificio sano y salvo.

—¡Esperad un momento! —dijo el Doctor justo antes de que se dispusiesen a entrar en el ascensor.

El hombre se metió en una de las habitaciones que formaban sus aposentos. Un minuto después salió de allí portando unos trozos de tela blanca. Se trataba de una sábana que había cortado en siete pedazos. Le dio una pieza a cada uno.

—Cubríos la nariz y la boca con esto. Cuarenta y ocho horas después de los primeros contagios, el grado de descomposición de muchos pacientes es avanzado y el hedor en el edificio será insoportable, hasta el punto de que podríamos incluso desmayarnos y eso es algo que no nos podemos permitir porque podría costarnos la vida.

Así lo hicieron todos sin rechistar. Ya el día anterior lo habían pasado mal por causa del olor pestilente, de modo que nada bueno había esperar para esta ocasión.

Ya perfectamente equipados, comenzaba la operación.

*Facultad de Derecho, 25 de octubre de 2020, 10:03 h*

De nuevo lo intentarían por el garaje. Subieron al ascensor guardando la formación habitual: al fondo Ed, Amy y Jane. George en el medio con el Doctor Anderson y Mark y Tom delante. Jane pulsó el botón del sótano 1 y la puerta se cerró.

Cuando la puerta se abrió, permanecieron en la cabina unos instantes, en completo silencio. Oían esos sonidos demoníacos, pero no sabían de donde procedían exactamente. Delante del ascensor no se veía a ningún zombi. Tom asomó la cabeza con sumo cuidado y las únicas criaturas que vio eran el grupo de zombis apiñados al pie de las escaleras que habían visto el día anterior y que les habían impedido el paso, justo antes de lo de Rachel. Seguían en el mismo lugar. No habían sido capaces siquiera de levantarse.

En principio sabían que esa zona estaba despejada porque lo habían visto gracias a las cámaras de videovigilancia del Doctor, pero no debían confiarse porque los zombis podían desplazarse y la situación cambiar de manera notable. La comprobación en cada esquina resultaba fundamental.

Sigilosamente, los siete que esta vez formaban el grupo salieron del ascensor. A pesar de llevar la nariz y la boca cubierta con aquel trozo de sábana, podían percibir el horrendo hedor. Era tan fuerte que la barrera de tela no era capaz de amortiguarlo del todo. O sencillamente no era capaz de amortiguarlo. Pero ¿qué cabía esperar de un espacio cerrado por el que deambulaban a sus anchas cientos de cadáveres en avanzado estado de descomposición?

La planta estaba alumbrada únicamente por las tenues luces de emergencia, de modo que tuvieron que echar mano de las linternas de los móviles.

Para llegar al aparcamiento debían cruzar un pasillo de acceso cuyo inicio estaba justo al lado del montículo de zombis. Tom se acercó muy despacio, muleta en ristre. Ahora que era conocedor del estupendísimo oído de los zombis, la maniobra le imponía muchísimo más. Por suerte, aunque los seres percibieron su presencia, no lograron desenmarañarse así que el resto del grupo también pudo pasar sin problema.

El pasillo estaba despejado. Al fondo estaba la puerta con su cartel de “acceso al aparcamiento”. Cruzaban los dedos para poder atravesar sin



contratiempos los diez o doce metros de distancia y para que el garaje también estuviese libre de intrusos.

Avanzaron muy despacio y sin perder la formación en ningún momento y llegaron a la puerta de acceso. Tom la abrió muy despacio. Emitió un suave chirrido a causa de las bisagras que necesitaban ser engrasadas urgentemente (o no, ¿qué importaba ya eso?). La zona estaba despejada. No obstante, y a pesar del júbilo que deseaban demostrar, entraron con igual cautela y en silencio.

El garaje también estaba iluminado por las luces de emergencia y por la escasa luz natural que penetraba por debajo de la puerta. Se acercaron a la salida, en donde la puerta seccional motorizada se accionaba pulsando un botón situado en una columna próxima. George lo pulsó pero la puerta no se abrió.

—¿Por qué no se abre? —preguntó Amy desesperada.

—¿Qué coño pasa? —añadió Mark.

—Pasa que no hay corriente eléctrica —recordó Ed—. No podemos salir por aquí.

¿Cómo habían podido olvidar la falta de suministro eléctrico? ¿En qué demonios estaban pensando?

En efecto, el garaje estaba situado bajo tierra. Aquella puerta se abría a una rampa que conducía al nivel de la calle. Las paredes eran de puro hormigón y por mucho que buscaron e investigaron, no dieron con la forma de abrir la puerta de manera mecánica. No había nada que hacer allí. Tenían que encontrar otra salida.

—Podemos intentar salir por la puerta de carga y descarga de la cafetería —propuso Tom a la desesperada—. Desde aquí, desde el propio garaje, hay una escalera de servicio que lleva directamente a la cocina de la cafetería que a su vez es donde se encuentra esa puerta. Podemos conseguirlo. Ed, ¿la cocina estaba despejada cuando saliste de allí?

—En aquel momento sí, pero cuando escapé de allí hacia la conserjería, dejé la puerta de la cocina abierta y, como la cafetería estaba plagada de zombis, no me extrañaría nada que se hayan metido allí.

—Sea como sea, no han de ser muchos —interrumpió George—. Cuando los atrajimos hacia la conserjería con música, muchos de los que estaban en la cafetería se dirigirían hacia allí. Seguramente otros no lo lograrían porque son torpes y cualquier obstáculo pudo habérselo impedido, pero previsiblemente no deben ser demasiados. ¡Venga! Podemos con ellos. ¡Intentémoslo! —concluyó, animado.

Cuando dos días antes, cuando estaban en el aula, Tom y sus alumnos habían analizado las posibles salidas del edificio, no habían pensado en esta. Qué tontos habían sido. ¿Cómo se les había podido olvidar? Sin embargo...

—Ed, cuando estuviste escondido en la cocina, ¿por qué no escapaste por esa puerta? —le preguntó Tom pensando que si su compañero no había escapado por allí estando tan cerca, por algo sería.

—Porque había varios zombis atrancándola —respondió—. Las dos personas que se escondieron conmigo en la cocina, intentaron escapar por esa puerta y los contagiados que habían logrado salir de edificio, los atraparon.

¿Cómo Ed había podido olvidar ese detalle?! Semejante despiste podría costarles la vida. ¿En qué estaba pensando?! Los demás lo miraban estupefactos. No podían cometer errores así.

—En ese momento yo desconocía totalmente su comportamiento y además estaba desarmado, así que no me atreví a intentarlo —explicó el profesor—. Pero esta vez somos siete, vamos armados y ya tenemos experiencia en la lucha. Sabemos perfectamente en donde golpearles para acabar con ellos. Esta vez, podemos ganar.

—¿Cerraste la puerta después del ataque? —le preguntó Tom, muy serio.

—Sí, sí. La cerré.

Asunto aclarado.

Guardaron silencio unos instantes. Pensativos.

—Creo que el Profesor Hudson tiene razón —declaró George—.

Tenemos que intentarlo, ¡Venga, chicos! Hay un cordón de seguridad alrededor del edificio. No son muchos los que han conseguido salir estando contagiados. Seguro que ya los han capturado. Es nuestra oportunidad. ¡Intentémoslo!

Todos estuvieron de acuerdo.

—Muy bien, chicos, lo intentaremos. Pero vamos a adentrarnos en una zona muy peligrosa así que debemos ir lo mejor preparados posible. Mirad en los coches a ver qué podemos encontrar que nos sea útil —los organizó Tom.

Todos se pusieron a buscar. Algunos coches estaban abiertos así que echaron un vistazo sin causar daños. Amy dio con un bote de pintura en aerosol en un maletero y lo cogió pues pensó que, en caso de apuro, podría utilizarlo como defensa momentánea.

Los tres estudiantes vieron a Tom acercarse a un coche rojo reluciente, impecable. Muy bien cuidado por su dueño y sin duda recién lavado. El joven profesor se situó frente a la puerta del conductor y, de repente, rompió la ventanilla de una fortísima patada lateral. Sus alumnos quedaron con la boca abierta, pero no por el hecho en sí ya que en la situación de apuro en que se encontraban estaba claro que si tenían que romper ventanillas, las romperían, sino que lo que realmente les había hecho alucinar fue la pericia con la que su profesor dio aquella patada.

En un visto y no visto, Tom levantó y dobló en el aire su pierna derecha, con la que daría la patada, al mismo tiempo que, con un rápido y decisivo movimiento de cadera, giraba el cuerpo entero en el sentido contrario a la patada para, inmediatamente, estirar la pierna doblada y golpear fuertemente la ventanilla con el canto del pie derecho. Hecho esto, realizó los movimientos inversos para volver a su posición inicial.

Sin duda no se trataba de la patada que daría una persona normal. Se notaba que sabía perfectamente lo que hacía. Si otro en su lugar hubiese intentado hacer eso, habría perdido el equilibrio o incluso se habría lesionado con semejante golpazo.

Pero no quedó ahí la cosa. Lo que más impresionó a los tres chicos fue lo que su profesor hizo a continuación. Metió el brazo por la ventanilla abierta y pulsó un botón que abrió el maletero. Entonces se dirigió a la parte trasera del vehículo y extrajo ¡una espada de aproximadamente un metro de longitud!

Ed vio la escena y sonrió. La cara de asombro de aquellos chavales y cómo Tom actuaba con total normalidad, enganchando la funda de su espada en su cinturón del lado izquierdo, sin percatarse lo más mínimo de que estaba siendo observado. Se acercó a los chicos.

—Tom practica artes marciales desde pequeño —les dijo.

—Ahora entiendo lo de la muleta —comentó Mark.

Las piezas del puzzle por fin encajaban para los tres estudiantes. Desde el principio les había llamado la atención la manera en que su profesor manejaba aquella barra metálica, la destreza y la inteligencia con la que seleccionaba cada movimiento. He ahí la explicación.

La operación que habían planeado no sería sencilla ya que tendrían que adentrarse en terrero sumamente peligroso, el punto de mayor riesgo del campo de batalla: la planta baja. Y puesto que el objetivo principal del grupo era salir del edificio con el Doctor Anderson, decidieron dotarlo de la mayor protección posible antes de subir. Para ello, lo enfundaron con todo lo que pudieron encontrar. Envolvieron su torso, sus piernas y sus brazos con unos parasoles de aluminio y plástico que encontraron en varios de los coches, pensando que tal vez su textura podría evitar que un posible mordisco llegase hasta su piel, y cubrieron su cabeza con un casco de motorista. El pobre hombre apenas podía moverse con semejante atuendo. Jane sugirió que todos hiciesen lo mismo, pero descartaron la idea porque sabían que probablemente tendrían que pelear y para ello necesitaban total libertad de movimientos, sobre todo teniendo en cuenta que, salvo Tom, ninguno de ellos estaba entrenado para el combate y, por tanto, sus movimientos eran aleatorios e imprecisos, dirigidos por el más puro instinto de supervivencia pero sin orden ni estrategia de ningún tipo.

*Facultad de Derecho, 25 de octubre de 2020, 10:40 h*

La escalera de servicio conducía directamente a la cocina de la cafetería. Subieron guardando siempre la formación, con el Doctor en medio, perfectamente protegido por el resto del grupo. Llegaron a la cocina. Estaba despejada. Locos de alegría, corrieron a la puerta de carga y descarga, la abrieron y... ¡decenas de zombis se abalanzaron sobre ellos!

Mark y Tom, que iban en cabeza, como siempre, cerraron la puerta inmediatamente. El aerosol que Amy había encontrado tuvo mucho que ver en esta ocasión. Pero las criaturas estaban demasiado cerca y se interpusieron impidiendo que pudieran cerrarla del todo. Emitiendo aquellos sonidos terroríficos, asomaban brazos y piernas putrefactos por el hueco entre la puerta y la pared. Eran tantos que, a pesar de su aparente debilidad, entre todos ejercían una enorme fuerza. Todo el grupo, incluido el Doctor Anderson, ayudaron a empujar hasta que consiguieron cerrarla.

Nerviosísimos, se sentaron en el suelo para tomar aliento. ¿Qué demonios hacían tantas criaturas ahí? ¿Estaban fuera del edificio! ¿Tantos habían conseguido salir? ¿Es que no los habían logrado atrapar? O ¿es que habían escapado más? Pero ¿cómo? ¿No se suponía que el edificio estaba aislado y no dejaban salir a nadie sin control previo para evitar la expansión de la epidemia? ¿Se habría expandido ya?! ¿Ya era demasiado tarde?!

La cocina no tenía ventanas, al contrario que la cafetería que era un puro ventanal, así que Tom se acercó a la puerta que daba acceso al local, detrás de la barra, abrió una rendija y comprobó dos cosas, a cada cual más terrorífica. La primera era que la sala estaba atestada de zombis. Pudo reconocer con extremo desagrado a varios de sus compañeros y amigos. La segunda era que en la parte exterior del edificio se había instalado una valla, de las típicas que se utilizan para cercar las obras, y dentro del recinto deambulaban sin rumbo decenas de criaturas. Seguramente habrían instalado esa barrera para aislar a aquellos que tal vez ya contagiados hubiesen logrado escapar.

Más allá de la valla, el cordón de seguridad. El despliegue de las Fuerzas de Seguridad era realmente impresionante. Probablemente hubiesen establecido el control sanitario en algún punto de esa valla. Por eso no lo habían encontrado. El problema era cómo llegar hasta allí si ni siquiera sabían donde estaba exactamente. No podían aventurarse a rodear el edificio hasta encontrar ese control estando la zona atestada de zombis.

Tom pensó en su hermano pequeño. Probablemente estaría allí, protegiendo a la humanidad de... ¿De él?! No había vuelto a recibir ningún mensaje de sus hermanos ni de nadie. Todos habían cargado las baterías en el laboratorio (todos excepto Amy, cuyo *smartphone* se había quedado sobre el armario de la conserjería), pero ninguno de ellos había recuperado la conexión ni

la cobertura en ningún momento.

Cerró de nuevo la puerta y explicó a sus compañeros lo que había visto.

—Aunque hubiésemos salido por esta puerta o aunque hubiésemos llegado a la puerta principal o la del garaje, no estaríamos salvados en absoluto —les explicó—. Hay una segunda zona de peligro alrededor del edificio y no me imagino cómo la hubiésemos podido cruzar.

—Saltando la valla —sugirió George.

—Es una posibilidad, pero hay policía y militares por todas partes y necesitan saber si estamos contagiados antes de dejarnos ir —razonó Tom—. Ellos no saben si la transformación es rápida o si podemos ser portadores del virus.

—No me parece viable —dijo Mark—. ¿No os habéis fijado en la grandísima cantidad de zombis que hay ahí fuera? No podremos pasar. No lo conseguiremos.

—Si no vamos a salir por el control establecido, entonces tenemos que hacerles llegar el mensaje de que estamos aquí y de que estamos vivos —dijo Amy—. Para que nos ayuden de alguna forma a salir.

—La cuestión es cómo hacerlo. No tenemos comunicaciones —advirtió Ed.

—Morse —intervino el Doctor Anderson—. Mediante Código Morse.

—¿Usted sabe Morse? —le preguntó Jane.

—Por supuesto que sé —respondió él y comenzó a rebuscar por la cocina. Después corrió a la puerta que había abierto Tom. La abrió un poquito y echó un vistazo—. Aquí, dentro de la cocina, hay tres interruptores de las luces de la cafetería. Puedo comunicarme con los de fuera encendiendo y apagando todas las luces. Con suerte las verán y tal vez nos respondan de la misma manera. El día está bastante nublado pero todavía hay demasiada claridad. Debemos esperar a que baje un poco el sol.

—Pero ¿cómo va a hacer eso sin suministro eléctrico? —razonó Tom.

—Tendremos que bajar de nuevo al laboratorio y restablecer el suministro en la cafetería. Sólo en la cafetería.

Al escuchar aquellas palabras, todos dirigieron la mirada directamente al Doctor.

—¿Puede restablecer el suministro sólo a una zona del edificio? —preguntó Tom.

—Sí.

—¡Pero bueno! ¿Y por qué no lo ha dicho antes? —protestó George—. Cuando no pudimos abrir la puerta del garaje.

—Porque mira lo que nos hemos encontrado. Una valla. En cuanto hubiésemos abierto la puerta, nos hubiesen atrapado. Aunque no tengo cámaras en el exterior del edificio, yo ya me imaginaba que el protocolo de seguridad sería algo así. No podía permitir que os arriesgaseis de esa manera.

—Querrá decir que no quería arriesgarse usted —sentenció Amy.

—¡Teníamos derecho a saberlo! —se quejó Mark.

Tom trató de tranquilizar a sus alumnos. A él tampoco le agradaba esa decisión unilateral del Doctor Anderson, quien parecía tratarlos como si fuesen una pandilla de irresponsables o de tontos al mismo tiempo que les pedía ayuda para escapar. Ese aire de superioridad estaba totalmente fuera de lugar. Pero era mejor mantener la calma y dejar los rencores para otra ocasión. La prioridad era salir del edificio vivos y con la muestra del espécimen. No debían desviar su concentración hacia otras cuestiones. Peleándose entre ellos no conseguirían más que perder el tiempo y, quizá, permitir que los atrapasen. Así se lo había hecho entender a sus alumnos cuando estaban en el aula A.6 y no había motivo para cambiar de proceder.

Decidieron seguir el plan del científico. Bajaron de nuevo al laboratorio, siguiendo el mismo camino que habían realizado anteriormente. Estaba despejado, no había peligro. Ya habían comprobado que no había zombis y los que se apiñaban al pie de la escalera de acceso de la planta baja a la -1,

impedían que otros pudiesen acceder al sótano 1. De modo que se encontraban en terreno seguro. Al menos por el momento.

Permanecieron el resto del día en el laboratorio, hasta que se puso el sol. Allí estaban seguros y puesto que no quedaba más que esperar, no podían esconderse en lugar mejor.

El Doctor Anderson, liberado de su armadura improvisada, pasó la tarde fabricando un artilugio que le permitiese encender y apagar los tres interruptores de la cafetería al mismo tiempo. Uno sólo no era suficiente para que lo viesen desde tan lejos y si no se encendían y apagaban todas las luces a la vez, el código no tendría ningún significado. En el laboratorio tenía todo lo que necesitaba para construir el instrumento, así que se puso manos a la obra.

*Facultad de Derecho, 25 de octubre de 2020, 20:00 h*

Estaban todos en la sala de estar. El Doctor Anderson miró el reloj y se levantó. Era la hora.

—Es la hora. Está anocheciendo. ¡Vamos!

Se levantaron, protegieron de nuevo al científico con su armadura improvisada, cogieron sus armas y sus sábanas para cubrirse nariz y boca, aunque no fuesen lo suficientemente eficaces, y regresaron a la cocina de la cafetería, por el mismo camino que habían seguido esa misma mañana. El grupo de zombis amontonados al pie de las escaleras que bajaban de la planta baja a la -1, seguían en el mismo sitio, de modo que continuaban ejerciendo de escudo y dejando la vía libre al garaje. Por supuesto, previamente al inicio de la operación, el Doctor devolvió el suministro eléctrico a esa sección del edificio.

Tom se asomó por una rendija de la puerta. La cafetería seguía llena de zombis. Estaba anocheciendo. A través del ventanal de la cafetería no había buena visibilidad, pero se veían a lo lejos, rodeando el edificio, las luces de los vehículos de emergencias. Sin duda estaban allí.

El Doctor se quitó la protección de su brazo derecho asegurando que se sentía incapaz de realizar las señales luminosas y que fuesen inteligibles en Morse sin plena libertad de movimiento. Se acercó a los interruptores de la luz,



colocó sobre ellos el artilugio que había fabricado esa tarde y comenzó a encender y apagar las luces de la cafetería durante los intervalos de tiempo exactos para formar el siguiente mensaje:

SOS  
Vivos  
*No contagiados*  
*Salida imposible*

Nada más terminar las señales, el Doctor abrió unos centímetros la puerta y se asomó a la rendija. Miraba a través del ventanal de la cafetería en espera de alguna respuesta de los servicios de emergencia, probablemente en el mismo lenguaje. Pero no llegó nada. Tal vez no habían visto el mensaje o quizá para cuando se percataron de que estaban recibiendo un mensaje, ya no tuvieron ocasión de leerlo completo, así que el Doctor cerró la puerta y volvió a repetirlo. Se asomó de nuevo y distinguió un mensaje emitido por medio de los faros de un todoterreno.

—¿Qué dicen? ¿Qué dicen? —preguntó Amy, ansiosa. Ed le pidió que guardase silencio, el Doctor necesitaba concentración.

—Es una palabra que están repitiendo en bucle —dijo el Doctor.

—¿Qué palabra? —preguntó Tom.

—Azotea —respondió el Doctor Anderson.

Azotea. ¿Querían decir que les rescatarían en la azotea? ¿Querían que subiesen a la azotea?

—Tal vez nos rescaten en helicóptero —supuso George.

—La cuestión no es esa —advirtió Ed— sino cómo vamos a subir a la azotea. Por las escaleras no podemos, es demasiado peligroso, los zombis podrían acorralarnos en cualquier punto. Además, ¿cómo llegaríamos hasta ellas? Si retrocedemos por las escaleras de servicio al garaje y accedemos a las escaleras principales desde el sótano 1, nos encontraremos con los zombis amontonados al pie de las mismas impidiendo el paso. Y desde aquí, desde la planta baja, es del todo imposible. No podemos cruzar la cafetería y el hall principal en el estado en que se encuentran. No duraríamos vivos ni un minuto.

—Tiene que ser en ascensor —afirmó Tom con rotundidad—. Bajaremos al garaje por la escalera de servicio y de allí, atravesando el pasillo de acceso, llegaremos al ascensor. Lo cogemos y subiremos directamente a la azotea.

El edificio tenía cuatro pisos y la azotea era accesible, bien en ascensor hasta lo que sería la quinta planta o bien a través de una estrecha escalera que partía de la cuarta planta, donde Tom tenía su despacho.

—Confiemos en que ninguna de esas criaturas llame el ascensor por accidente como ocurrió ayer, Profesor Wheeler —advirtió Amy.

—Es un riesgo que tendremos que asumir, Amy —dijo él.

—No nos queda más remedio —añadió Mark.

Y así lo hicieron.

Regresaron al garaje por la escalera de servicio sin ningún tipo de precaución, pues sabían que estaba despejado. Cruzaron corriendo el aparcamiento en dirección a la puerta que daba al pasillo de acceso a los ascensores y escaleras que también esperaban libre gracias al escudo de zombis que había al pie de la escalera.

Corrieron y corrieron todo lo que pudieron. Querían llegar a la azotea cuanto antes. Tenían miedo de tardar demasiado y de que los servicios de rescate desistiesen. Jane iba en cabeza y Tom cerraba la comitiva tirando del Doctor Anderson que tenía serias dificultades para avanzar envuelto como iba en parosoles para coches.

Llegaron a la puerta con su cartel de “acceso al edificio”, Jane la abrió y entró apresuradamente, seguida de sus compañeros, pero... ¡El pasillo estaba invadido de zombis!

De algún modo el montículo de criaturas se había desenmarañado y vagaban libremente por el pasillo. Cuando el grupo entró, por cierto ruidosamente, se abalanzaron sobre ellos. La Profesora fue atrapada de inmediato y la transformación fue casi instantánea. Apenas les dio tiempo a reaccionar cuando ya se encontraban ante un nuevo atacante.

Afortunadamente, los otros seis lograron escapar. Accedieron de nuevo al garaje y atrancaron la puerta con unos contenedores de basura y con una enorme moto que estaba aparcada cerca.

—¿Y ahora qué hacemos? —gritó George, desesperado.

—De nuevo a la cafetería. ¡Rápido! —ordenó el Doctor—. Emitiremos un nuevo mensaje.

Corrieron de nuevo a las escaleras de servicio y de ahí a la cocina de la cafetería. Esta vez prudentemente y guardando la formación. No podían volver a cometer el mismo error. No debían confiarse y, sobre todo, no debían jamás subestimar al enemigo.

Cuando llegaron a lo alto de la escalera de servicio, Tom abrió con cuidado la puerta. La cocina estaba despejada, así que entraron.

El Doctor Anderson se disponía a enviar un nuevo mensaje de auxilio en Morse pero fue entonces cuando oyeron un helicóptero sobrevolando el edificio. Sin duda se trataba del transporte que habían enviado para rescatarlos. No podían fallar ahora. ¡Ahora no!

Tom volvió a asomarse por la rendija de la puerta. Echó un vistazo al local de la cafetería y comprobó que estaba atestado de zombis. Miró más allá, hacia el hall principal, que también estaba invadido. Eso sí, se fijó en que los zombis de la cafetería se concentraban fundamentalmente en la zona del fondo y a un lado de la puerta de entrada, pero no en la puerta propiamente dicha. Ese pequeño hueco, tanto del lado de la cafetería como del lado del hall principal, estaba despejado. Se trataba de un pequeño espacio libre. Si conseguían llegar hasta allí sorteando a las criaturas de la cafetería, tal vez pudieran cruzar el hall principal hasta llegar a los ascensores. En aquella zona los zombis se apelotonaban sobre todo alrededor de la conserjería, que estaba en el centro, posiblemente continuasen en ese punto desde el día anterior en que se habían desplazado hacia allí atraídos por la música del *smartphone* que los chicos habían tirado. Quizá podrían intentar avanzar por la parte lateral, bordeando la zona hasta llegar a los ascensores. Probablemente tendrían que luchar pero, si tenían suerte, evitarían a la mayoría de aquellas infernales criaturas. Por otra parte, al haber devuelto el suministro eléctrico a la cafetería y siendo de cristal su tabique frontal, el que daba al hall principal, la luz pasaba y toda la zona

estaba bastante bien iluminada. El terreno era realmente hostil, pero al menos la visibilidad era buena.

De pronto Tom se sintió muy valiente. Incomprensiblemente, lo vio todo claro. Sacar la muestra del espécimen del edificio se había convertido en su prioridad y posiblemente por ese motivo se sentía más fuerte que nunca.

El joven profesor cerró la puerta y se giró hacia el resto del grupo:

—Vamos a tener que intentarlo —afirmó Tom.

—Profesor Wheeler, ¿se ha vuelto loco? —se alarmó Mark.

—Profesor, Mark tiene razón. No podemos meternos ahí —dijo Amy intentando hacerlo entrar en razón.

Todos permanecieron en silencio unos instantes, muy desanimados. Tom dirigió su mirada al Doctor Anderson que se la devolvió con desesperación y, a continuación, la dirigió Ed. Tom deslizó su mano izquierda por la empuñadura de su espada, enganchada a su cintura, y Ed le respondió agarrando con fuerza la pata de mesa que le había servido de arma hasta el momento. ¡Era la señal! ¡Estaban listos! ¡El combate final comenzaba!

—Chicos, ¡es ahora o nunca! —gritó Tom, se tapó nariz y boca con su trozo de sábana y salió disparado al local de la cafetería. Confiaba en su equipazo, sabía que lo conseguirían.

Ed agarró de un brazo al Doctor Anderson y salieron detrás de él.

Amy, George y Mark no daban crédito a lo que estaban viendo, pero ¿qué podían hacer? Sabían perfectamente que tendrían que salir de allí por sus propios medios, nadie entraría a buscarlos. De modo que cogieron sus armas y salieron.

Seguido de los demás, Tom comenzó a arrastrarse agachado por detrás de la barra. Se deslizaban con sumo cuidado y en silencio para no llamar la atención de las criaturas que deambulaban por allí. Tom en cabeza y tras él, muy cerca, Ed, el Doctor Anderson, Mark, Amy y George. Al llegar al final de la barra, el joven profesor se desplazó a gachas por detrás de varias mesas, seguido de los demás, hasta llegar a la puerta del local. A medida que avanzaban, oían

aquellos sonidos de la muerte a los que de ningún modo se habían acostumbrado y que cada vez resultaban más aterradores.

Salieron de la cafetería en silencio y se escondieron detrás de unos enormes tabloneros de anuncios que estaban colocados a apenas tres metros de distancia, contra la pared a su izquierda.

¡Increíble! Habían cruzado la cafetería sin ser vistos.

—De acuerdo chicos, ahora tenemos que llegar a los ascensores —les explicó Tom en voz muy baja, casi un susurro—. Borearemos la zona pegados a la pared hasta llegar allí. Si algún zombi se nos acerca, golpead sin pensarlo dos veces, pero procurad hacer el menor ruido posible a pesar de todo. No debemos llamar la atención de los demás.

Todos asintieron con la cabeza. Lo habían entendido a la perfección.

Tom se asomó para echar un vistazo por detrás del tablón y comprobó que ninguna criatura se había fijado en ellos así que, aún agachado, comenzó a caminar pegado a la pared. Los otros le siguieron.

De pronto, de manera totalmente inesperada, sin saber muy bien de donde salía pues creían tenerlos a todos controlados visualmente, apareció un zombi que se abalanzó sobre el Doctor Anderson y le mordió en el brazo derecho, la única parte de su cuerpo que llevaba descubierta ya que se había liberado de su armadura para emitir el mensaje en Morse.

Ed y los tres alumnos observaron la escena espantados y bloqueados, pero Tom fue capaz de reaccionar a tiempo. ¡Primer asalto!

Le arreó una implacable patada en la cabeza al atacante dejándolo totalmente neutralizado en el suelo y se echó sobre el Doctor. Estaba inconsciente y Tom sabía que en cuanto falleciese, la transformación sería prácticamente instantánea. Tuvo tiempo de coger la muestra del espécimen del bolsillo del pantalón y guardárselo en el suyo, pero cuando quiso quitarle la protección para poder coger su cuaderno del bolsillo interior de su chaqueta, se produjo la transformación. En ese momento, quien un día fue el Doctor Anderson se levantó repentinamente e intentó morder a Tom, sin éxito pues el casco de motorista con el que habían pretendido protegerlo, frustró el ataque. Sin embargo, a pesar de esa barrera, Tom no pudo seguir buscando el cuaderno

porque el escándalo que aquella criatura estaba formando comenzó a llamar la atención de los demás zombis de la zona.

La cosa se estaba poniendo muy seria, realmente seria.

Se encontraban a aproximadamente veinte metros de los ascensores. En décimas de segundo Tom estudió el terreno. Había muchísimos zombis, pero no quedaba más remedio que avanzar. No podían volver a atrás porque la puerta de la cafetería estaba en ese momento bloqueada por decenas de criaturas y tampoco podían quedarse allí ya que los seres no tardarían en darse cuenta de que al lado de aquellos tablones se escondían cinco presas fáciles. Miró con desesperación a Ed y a sus tres alumnos y los cuatro asintieron con a cabeza. En sus manos estaba el futuro de la humanidad. Tenían que sacar la muestra del espécimen del edificio, fuese como fuese. ¡Lucharían! ¡Segundo asalto!

Tom se levantó con decisión, desenfundó su espada con elegancia y comenzó a avanzar entre la multitud de zombis. Sentía que ya no tenía nada que perder. Iba a por todas. Ed, Amy, Mark y George le seguían de cerca.

Agarrando su arma con ambas manos, se desplazaba por el campo de batalla con soltura, avanzando con decisión al ritmo de golpes y cortes efectuados con grandísima precisión. La embestida inicial se llevó por delante a tres atacantes de un sólo corte horizontal y, a partir de ahí, prosiguió dando pasos cortos o largos, según las circunstancias lo requiriesen. Intentaba olvidarse de que aquellas criaturas algún día fueron personas pues ese sentimiento, esa sensibilidad, esa piedad, sin duda le costaría la vida y si él moría, la muestra del espécimen que portaba se perdería y probablemente la humanidad estaría perdida también. Tenía que sobrevivir y entregar la clave a la Ciencia. Esa era su misión.

Ed y los chicos le cubrían las espaldas como mejor podían. El profesor le seguía justo detrás y Amy y Mark avanzaban procurando despejar los laterales. Cerrando la comitiva, George se dedicaba al lanzamiento de objetos pesados a los zombis que se acercaban hacia Tom con el objetivo de que pudiesen llegar a él el menor número posible de criaturas.

Actuaban con decisión y valentía y los cinco acompañaban cada movimiento con un potente grito que no sólo les ayudaba a mantenerse perfectamente enfocados en el combate sino que maximizaba su poder en el mismo. Ahora bien, ese grito, que con frecuencia intimidaba al enemigo, en esta

ocasión provocó un efecto contrario pues, lejos de amedrentar a los zombis, lo que hizo fue atraerlos. Sonidos altos: el peor contratiempo de quien se enfrenta a estos seres. El apuro del momento les había hecho olvidar la regla básica del silencio, pero es que este grupo de supervivientes ya no tenía nada que perder.

La agilidad con que el profesor se desplazaba en la batalla, hizo que se alejase demasiado de sus compañeros y fue entonces cuando pareció estar todo perdido: en décimas de segundo, de manera repentina, Tom fue rodeado por un gran número de zombis que avanzaban lentamente hacia él sin dejarle vía de escape. ¡Tercer asalto!

El chico mantuvo su espada en posición defensiva unos instantes, mientras giraba sobre sí mismo examinando la situación en que se encontraba. Ed y los chavales se habían quedado en una zona ya libre de atacantes y observaban la escena llevándose las manos a la cabeza. Desesperados. Aterrados. Sabían que Tom estaba perdido. No podría salir de esta.

No había escapatoria así que a Tom no le quedaba más remedio que ir a por todas. Levantó su espada y comenzó a cortar en sus cuatro direcciones, apuntando siempre a las cabezas de los zombis. Realizaba cortes de arriba hacia abajo y tanto apuntando al centro como de izquierda a derecha y viceversa. Se movía a una velocidad de vértigo hasta que creyó haber acabado con todos, pero... se equivocaba.

Saltó por encima de los zombis derrotados, amontonados por el suelo unos sobre otros de manera irregular, para correr en dirección a los ascensores cuando, de pronto, sin saber de donde salían, se encontró con tres criaturas avanzando hacia él por su frente y otras tres a su espalda. Ed y los chicos observaban la escena con verdadero pánico.

### ¡ÚLTIMO ASALTO!

Dando todo de sí, levantó la espada en el aire, colocando la empuñadura a su derecha y el filo sobre su cabeza en dirección contraria, hacia su izquierda y, a partir de esa posición, con todas sus fuerzas, inició un tremendo corte diagonal descendente desde el lado izquierdo del cuello del primer zombi que tenía delante hasta la parte baja derecha de su torso. Mientras el sujeto caía, Tom giró ciento ochenta grados al mismo tiempo que volvía a elevar su espada, esta vez con la empuñadura a su izquierda, y realizaba el mismo corte al primer

zombi que se le acercaba por la espalda, esta vez desde el lado derecho de su cuello hasta la parte baja izquierda de su torso. Dejando caer al individuo, de nuevo se dio la vuelta levantando la espada otra vez con la empuñadura a su derecha y repitió el primer corte contra el segundo zombi que había pretendido atacarle de frente.

Fue en ese momento cuando se dio cuenta de que debía ejecutar una secuencia de movimientos más radical pues la segunda y tercera criaturas que se le aproximaba por la espalda y la tercera que se acercaba por delante estaban ya demasiado cerca. ¡Si fallaba, le atraparían!

Con todo el impulso que fue capaz de coger, Tom dio un salto metro y medio de altura al mismo tiempo que giraba su cuerpo ciento ochenta grados y, en el aire, antes de posarse en el suelo, elevó su espada como lo había hecho anteriormente, con la empuñadura a su izquierda y realizó un impresionante corte desde el lado derecho del cuello del segundo zombi que había pretendido cogerlo por la espalda hasta la parte baja izquierda de su torso. A continuación, una vez que aterrizó en el suelo (ni Ed ni los chicos se dieron cuenta, pero en ese momento él sintió crujir su pie lesionado), avanzó un paso levantando de nuevo la espada con la empuñadura a su derecha y repitiendo el mismo corte diagonal descendente sobre el último zombi que se le acercaba de ese lado y, por último, agachado giró otros ciento ochenta grados sobre su dañado pie izquierdo agarrando la espada únicamente con su mano izquierda y arreando un corte horizontal a la altura de los tobillos del último zombi que, inevitablemente, perdió el equilibrio y acabó en el suelo.

El último asalto había sido espectacular. Tom no podía creer que hubiese podido salir de semejante lío y Ed y los chicos, entusiasmados, hubiesen aplaudido y vitoreado de no ser porque no querían atraer a los zombis que aún quedaban en pie.

Había vía libre hasta los ascensores. Los cinco corrieron y se subieron a uno. Llegaron a la azotea y allí les esperaba el helicóptero. ¡ESTABAN SALVADOS!

Pasaron el control sanitario allí mismo y, tras superarlo, accedieron al aparato por medio de una escalerilla. La primera en subir fue Amy, seguida de George y Ed. El siguiente era Mark, pero el chico insistió en permanecer unos segundos a solas con Tom en la azotea, quería decirle algo:



—Muchas gracias, Profesor Wheeler. Nos ha salvado la vida.

—No digas tonterías, Mark. No lo hubiese conseguido sin vosotros — Tom lo miraba con orgullo—. Habéis sido muy valientes.

Se dieron un abrazo y subieron al helicóptero.

Realmente los alumnos de Tom habían demostrado un coraje casi inimaginable en una situación como la que habían vivido aquellos días. Seguro que estaban asustados, aterrados más bien, y con total seguridad pensaban en sus familias y en la suerte que hubieran podido correr. Sin embargo, en todo momento habían controlado sus emociones y habían actuado conforme las circunstancias lo requerían. Tal vez gracias a esa conducta habían salvado sus vidas y, quizá, el futuro de la humanidad.

Sobrevolando el Campus, la imagen era desoladora. La Facultad donde habían pasado su día a día durante años estaba irreconocible. Centenares de zombis la habían tomado y no parecía haber más supervivientes que ellos. Les informaron de que por el momento la expansión del virus estaba controlada dentro del recinto, pero no debían confiarse porque la amenaza era demasiado fuerte.

Fuese como fuese, en aquel momento Tom y sus compañeros sólo pensaban en reunirse con sus familias y comprobar que estaban bien. Tom llevaba la muestra del espécimen con él. La sacó de su bolsillo y se fijó en que llevaba pegada una segunda etiqueta que ponía “Entregar a Margaret”. No sabía quien era esa tal Margaret pero deducía que se trataría de alguna científica capaz de continuar la labor del Doctor Anderson. La encontraría. Podría la muestra en buenas manos.

## NOTA DE LA AUTORA

El trastorno mental transitorio, la legítima defensa y el estado de necesidad son, en el Ordenamiento Jurídico español, causas eximentes de la responsabilidad criminal reguladas en el artículo 20 del Código Penal. De este modo, si concurriera alguna de estas circunstancias, el autor de un hecho delictivo podría obtener una rebaja de la sanción penal o incluso llegar a ser absuelto.

La diferencia entre ellas radica en que mientras el trastorno mental transitorio actúa como causa de inculpabilidad, la legítima defensa y el estado de necesidad actúan como causas de justificación.

En el caso de la enajenación mental, se produce una alteración o anomalía psíquica no permanente que impide que el autor del delito pueda comprender la ilicitud del hecho o pueda actuar conforme a esa comprensión. Por tanto, no podrá ser declarado culpable, salvo que él mismo hubiese provocado esa situación con ánimo de perpetrar el delito o hubiese previsto o debido prever su comisión.

Por otra parte, la legítima defensa, propia o ajena, requiere que se produzca una agresión ilegítima y no provocada por el defensor frente a la que existe una necesidad racional de llevar a cabo una conducta que la impida o repela con ánimo defensivo.

Finalmente, en el estado necesidad existe una situación de peligro o amenaza no provocada de un mal propio o ajeno que, sin necesidad de que se produzca una agresión ilegítima como ocurre en el caso de la legítima defensa, requiere una actuación protectora a costa de la lesión de intereses ajenos o de la infracción de un deber debiendo el mal causado no ser mayor que el que se pretende evitar.

Naturalmente, **la concurrencia de estas eximentes debe ser examinada y probada caso por caso y con especial minuciosidad\***.

\*El estudio adecuado de estas eximentes debe partir del examen de los correspondientes textos legales y jurisprudenciales.

En la historia que aquí se narra, los personajes principales, un grupo de profesores y alumnos de una Facultad de Derecho, acostumbrados a estudiar estos conceptos en abstracto, se enfrentan a ellos en un escenario surrealista y de alto riesgo, en el que tendrán que pelear por su integridad y por sus vidas.